



Grupo de Investigación Gamelab UPS
Carrera de Comunicación, sede Cuenca
Cátedra UNESCO-Tecnologías de apoyo para la Inclusión Educativa
Grupo de Investigación Aprender a Aprender

En 2022 se publicó el primer volumen de *Don Bosco dialoga con las artes y las ciencias*, un ejercicio de diálogo imaginario, de debate sincero y de creatividad, con énfasis en el legado de Don Bosco. Hoy (2026) alcanzamos el quinto volumen de un proyecto que crece, cambia, se diversifica y consolida una forma de mirar el mundo. Las voces se multiplican, las interacciones se vuelven más audaces y las conversaciones adquieren mayor profundidad.

Pocos creerían que llegaríamos hasta aquí; sin embargo, la versatilidad y polivalencia de Don Bosco han propiciado que, a su lado, se reúnan científicos, artistas, pensadores, educadores y figuras de la cultura contemporánea. Ellos dialogan de manera directa, familiar, sin jerarquías rígidas, con apertura intelectual y sentido crítico.

Con miras a una próxima edición, se proyecta un cambio en la dinámica de estos diálogos: queremos ir hacia una experiencia textual más inmersiva, acorde con los nuevos tiempos.

ISBN: 978-9942-52-031-9



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura



Cátedra UNESCO
Tecnologías de apoyo para
la Inclusión Educativa



Don Bosco

dialoga con las artes y las ciencias

Volumen V

The background of the page is a gradient of yellow, transitioning from a lighter shade at the top to a darker shade at the bottom. There are several horizontal stripes of varying shades of yellow, creating a layered effect.

Juan Cárdenas-Tapia, Fernando Pesántez-Avilés y Ángel Torres-Toukoumidis
Coordinadores

Don Bosco

dialoga con las artes y las ciencias

Volumen V



ABYA
YALA

2026

Don Bosco dialoga con las artes y las ciencias (Volumen V)

© Juan Cárdenas-Tapia, Fernando Pesántez-Avilés y Ángel Torres-Toukoumidis (Coordinadores)

1era. Edición © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
P.B.X. (+593 7) 2050000
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

Grupo de Investigación Gamelab UPS
CARRERA DE COMUNICACIÓN, SEDE CUENCA
Cátedra UNESCO-Tecnologías de apoyo para la Inclusión Educativa
Grupo de Investigación Aprender a Aprender

ISBN obra completa: 978-9978-10-856-7
ISBN impreso: 978-9942-52-031-9
ISBN digital: 978-9942-52-032-6

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.161>

Tiraje: 300 ejemplares

Diseño
diagramación Editorial Abya-Yala
e impresión: Quito-Ecuador

Ilustración personajes: Karina Panamá

Impreso en Quito-Ecuador, enero de 2026

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad de los autores.





Índice



9

Introducción

Juan Cárdenas-Tapia, Fernando Pesántez-Avilés
y Ángel Torres-Toukourmidis

13

Don Bosco y Ettore Stottsass

Esteban Manzano

19

Don Bosco y Carlo Acutis: evangelizadores en red

Ma. Cristina Gallegos C.

25

François Poullain de La Barre y Don Bosco

Ángel Torres-Toukourmidis

29

El Chavo y Don Bosco. El patio de los sueños

María José Cabrera

33

Don Bosco y Steve Jobs: relatos sobre el emprendimiento y la innovación

Fernando Pesántez y Juan Cárdenas Tapia

45

El tren de Astápovo: encuentro de Tolstói y Don Bosco

Moisés Pallo Chiguano



49 Entrevista entre Don Bosco y Sor María Troncatti por motivo de su beatificación

Pablo Farfán

57 Sucesores de Don Bosco: una sola familia, un mismo fuego

Adriana García

69 Don Bosco dialoga con Jim Rohn sobre el significado perfecto de la fe

Santiago Vintimilla Pesántez

75 El arte que educa: Don Bosco y Augusto San Miguel

Christian Arpi

79 Carl Sagan y Don Bosco. Polvo de estrellas y almas inmortales

Fernando Moscoso Merchán, Adriana García Pesántez

89 Papa Francisco y Don Bosco. Negro y blanco en un amanecer

Adriana Beatriz García Pesántez, Jessica Alexandra Zúñiga García

95 La corriente del corazón: Ohm y Don Bosco

Fredy Rivera







Introducción

*Juan Cárdenas-Tapia
Fernando Pesántez-Avilés
Ángel Torres-Toukounidis*

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

Este quinto volumen nace del deseo de seguir imaginando conversaciones que unen tiempos, sensibilidades y maneras de mirar el mundo. Don Bosco aparece aquí como un interlocutor que se sienta a escuchar, a preguntar y a compartir intuiciones con figuras que provienen de distintos territorios culturales. Cada texto invita a detenerse un momento y observar los entrecruzamientos entre la pedagogía salesiana, la creatividad humana y las búsquedas espirituales que atraviesan nuestras épocas.

El recorrido abre con la propuesta de Esteban Manzano, quien imagina un encuentro entre Don Bosco y Ettore Sott-

sass, creador inquieto que transformó maneras de entender el diseño. Le sigue el aporte de Ma. Cristina Gallegos, que acerca al santo turinés al universo digital de Carlo Acutis, un joven cuyo testimonio despierta interés en nuevas formas de evangelizar.

Desde otro ángulo, Ángel Torres-Toukourmidis plantea un diálogo entre Don Bosco y François Poullain de La Barre, pensador que adelantó discusiones sobre igualdad y formación humana. Luego, María José Cabrera nos lleva hacia un patio distinto, uno donde aparece El Chavo, y desde allí arma una conversación cercana que conecta con la memoria afectiva de varias generaciones.

En otro registro, Fernando Pesántez y Juan Cárdenas Tapia trazan un puente entre Don Bosco y Steve Jobs, donde la innovación se convierte en un camino que educa y también interpela. Moisés Pallo Chiguano mueve la escena hacia

el tren de Astápovalo para imaginar un cruce con Tolstói, un viaje cargado de preguntas sobre el destino y las decisiones humanas. Pablo Farfán propone una entrevista con Sor María Troncatti, figura querida dentro de la espiritualidad salesiana, cuya entrega deja huellas profundas.

Este volumen también recoge la reflexión de Adriana García, quien observa la continuidad de los sucesores de Don Bosco y la forma en que cada época sostiene la misma llama. Santiago Vintimilla Pesántez acerca a Don Bosco a Jim Rohn, para pensar la disciplina como una práctica que estructura la vida. Desde el arte, Christian Arpi imagina una conversación con Augusto San Miguel, donde la creación artística se vuelve espacio de formación sensible.

El libro se abre incluso hacia el cosmos. Fernando Moscoso Merchán y Adriana García Pesántez conectan a Don Bosco con Carl Sagan, combinación que invita a mirar la inmensidad

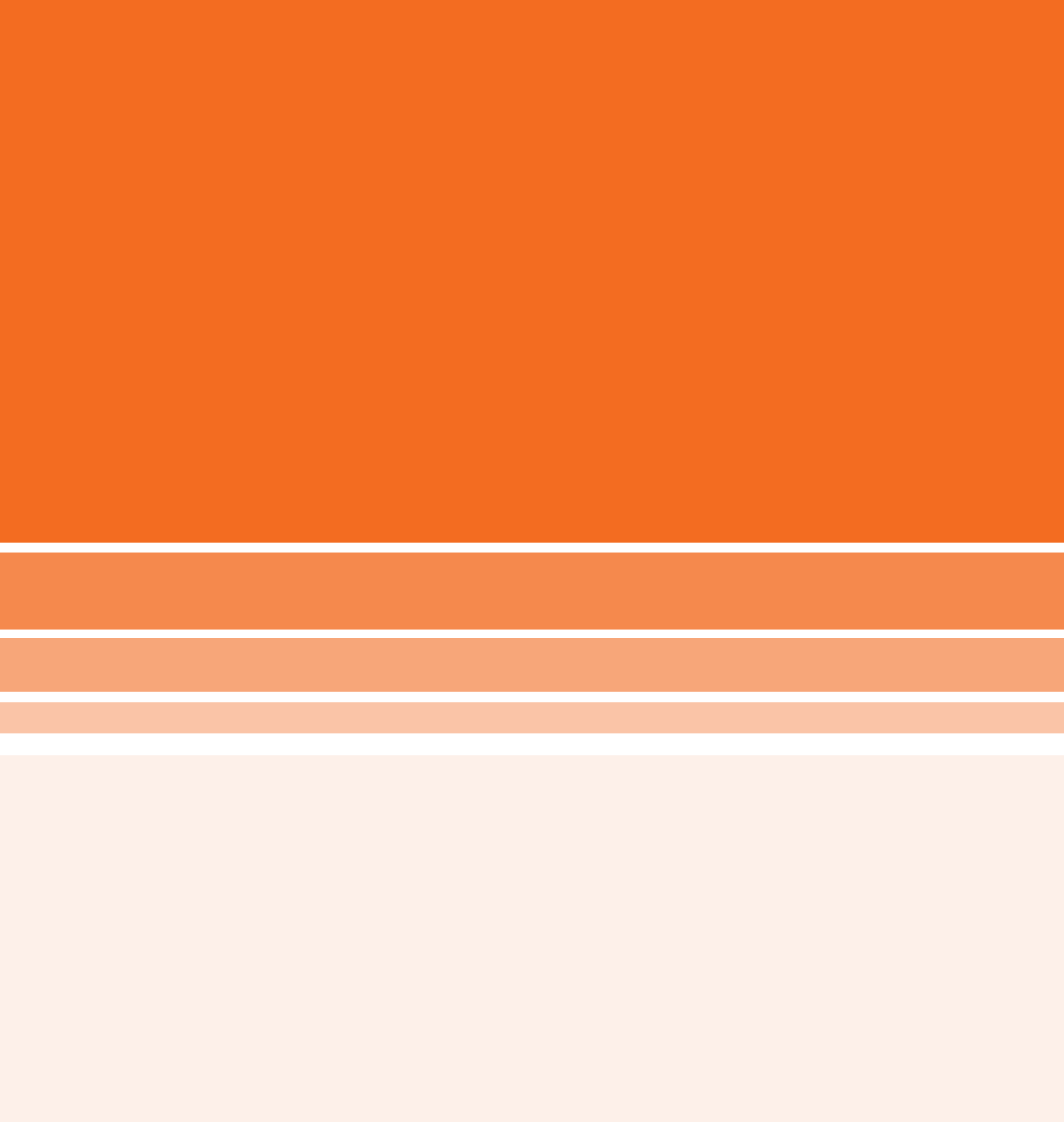
con curiosidad y respeto. Y en un amanecer simbólico, Adriana Beatriz García Pesántez y Jessica Alexandra Zúñiga García elaboran un encuentro con el Papa Francisco, donde la palabra se vuelve gesto pastoral. El cierre llega con Fredy Rivera, quien vincula a Don Bosco con Georg Simon Ohm, y desde allí reflexiona sobre la resistencia como energía que sostiene y orienta.

Con este volumen llegamos a una quinta etapa del proyecto, algo que al inicio parecía casi un experimento editorial. Sin embargo, cada en-

trega abrió puertas nuevas, personajes inesperados y perspectivas que ampliaron el horizonte del diálogo salesiano. Hoy el camino se siente más amplio que cuando empezamos, como si aún quedaran voces por descubrir y cruces por imaginar.

Y entonces surge la pregunta, simple pero inevitable: ¿ya son cinco... será este el último volumen?

Cada lector tendrá su propia respuesta y su propio deseo.





Don Bosco y Ettore Stottsass

Esteban Manzano

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

Ettore Sottsass (1917-2007) fue un destacado arquitecto y diseñador italiano, reconocido como una figura clave del diseño posmoderno y fundador del influyente Grupo Memphis en la década de 1980. Sottsass dejó una huella indeleble en el diseño industrial, gráfico, arquitectónico y de mobiliario, revolucionando la manera en que se entendía el diseño como una forma de expresión cultural y emocional.

San Juan Bosco (1815-1888), conocido como Don Bosco, fue un sacerdote, educador y santo italiano que dedicó su vida a transformar la educación de los jóvenes marginados a través de un enfoque innovador y humano conocido como el Sistema Preventivo. Fundador de los Salesianos, Don Bosco

es reconocido como el “Padre y Maestro de la Juventud” por su contribución a la pedagogía y su labor social.

La encrucijada del diseño y la fe

Narrador: Italia, cuna del Renacimiento, vivía una nueva revolución cultural y tecnológica en los años 60 y 70. Las sombras de la posguerra habían dejado paso a un auge industrial que llenó las ciudades de fábricas, oficinas y muebles en serie. Pero también generó desencanto: el diseño italiano, tan venerado por su funcionalidad, parecía haber perdido su alma. En este contexto nació el Antidiseño, una corriente que se burlaba de la lógica rígida y el buen gusto, buscando provocar emociones y reflexiones más allá de la utilidad.

Entre sus máximos exponentes estaba Ettore Sottsass, un arquitecto y diseñador que no

creía en normas ni definiciones. Sottsass diseñaba para perturbar, para incomodar y, en última instancia, para deleitar.

Por otro lado, si alguien representaba la fe en la transformación humana, ese era Don Bosco. Aunque su tiempo estaba muy distante de Sottsass, su pedagogía de la confianza, la alegría y la espiritualidad resonaba como un eco en las inquietudes del diseñador. En un universo alternativo donde las épocas se encuentran, estos dos gigantes del alma y la forma cruzan sus caminos en una exposición sobre diseño en Turín.

El primer encuentro

Narrador: En un salón amplio y bullicioso se despliega una muestra vibrante de objetos, lámparas y muebles kitsch, que evoca el caos creativo característico del Antidiseño. Este escenario está marcado por la presencia del icónico

Ettore Sottsass, fundador del Grupo Memphis, quien, con su inconfundible bufanda roja y gafas gruesas, observa con ironía a un grupo de críticos que lucen perplejos e incómodos ante las provocadoras obras. Entre la multitud destaca una figura atípica: un hombre con sotana impecable y una mirada cargada de curiosidad. Es Don Bosco, quien, desconocedor del renombre de Sottsass, se acerca con naturalidad y le lanza una pregunta que marca el inicio de un inesperado diálogo entre mundos opuestos.

Don Bosco: (sonriendo) ¡Qué maravilla de colores y formas! Pero dígame, señor, ¿qué propósito tienen estas piezas?

Sottsass: (sin apartar la vista de su obra) ¿Propósito? Padre, ¿cree que todo en la vida debe tener un propósito claro? Tal vez estas piezas sean como la fe: o las sientes o no significan nada.

DB: (con calma) Interesante comparación. Pero la fe no es un capricho; es un camino hacia algo más grande. ¿Y sus obras? ¿A dónde llevan a quienes las miran?

Sottsass: (girándose hacia él) Lleva a donde cada quien quiera ir, o quizás a ninguna parte. No pretendo salvar almas, padre. Solo diseño para recordarle a la gente que están vivos, aunque sea un instante.

Sottsass: Permítame presentarme, soy Ettore Sottsass, el maestro detrás de esta exposición.

DB: Un gusto conocerlo, señor Sottsass. Soy Don Bosco. Y, como le mencionaba, parece que compartimos algo en común, Ettore: ambos trabajamos con personas que necesitan recordar que están vivos. Aunque, debo admitir, mi enfoque tiende a ser un poco más... práctico.

Sottsass: (frunciendo el ceño, pero intrigado) ¿Práctico? ¿Un sacerdote hablando de pragmatismo? Eso sí que es un diseño radical.

Un paseo por las ideas

Narrador: Sottsass y Don Bosco caminan por la exposición. Ettore le señala sus piezas mientras el sacerdote escucha con interés genuino.

Sottsass: (apuntando a una lámpara) Esta, por ejemplo, la Ashoka, es pura ironía. Nadie necesita una lámpara así para iluminar. Pero mírela: provoca una sonrisa, un instante de extrañeza. ¿No es eso también una forma de diseño?

DB: (asintiendo) En cierto modo, sí. Yo buscaba lo mismo con mis jóvenes en Valdocco: que redescubrieran la alegría incluso en medio

de la pobreza. Pero esa alegría siempre tenía un propósito mayor. ¿No siente, señor Sottsass, que el diseño debería aspirar a algo más que una reacción efímera?

Sottsass: (encogiéndose de hombros) Padre, yo no creo en los propósitos universales, creo en los momentos, en esa pequeña chispa que hace que alguien vea su entorno de una manera nueva.

DB: (sonriendo) Esa chispa de la que habla... es precisamente lo que yo llamo gracia. Y cuando llega, transforma todo.

La ironía de la fe

Narrador: Sottsass se detiene frente a una de sus piezas más polémicas: un mueble con formas imposibles y colores estridentes (la estantería Carlton).

Sottsass: Mire esta obra, padre. Los críticos la llaman un insulto al buen diseño, yo lo llamo un recordatorio de que las reglas están hechas para romperse. ¿No le parece?

DB: (mirándolo detenidamente) Romper reglas... Eso me recuerda a alguien. Cuando empecé a trabajar con jóvenes de la calle, muchos me decían que debía seguir las normas: disciplina rígida, castigos severos; pero rompí esas reglas, preferí la confianza y la cercanía.

Sottsass: (sorpresa) ¿Y funcionó?

DB: (con convicción) Más de lo que imagina, no todos entendían mi método, pero los jóvenes sí. Tal vez sus muebles sean como mi sistema preventivo: incomprendidos por algunos, pero profundamente significativos para quienes necesitan ese mensaje.

Sottsass: (riendo) Nunca pensé que mis diseños se parecerían a un sistema educativo. Tiene su gracia, padre.

De la ironía al respeto

Narrador: Horas después, ambos comparten un café en un rincón tranquilo. Sottsass, visiblemente más relajado, mira al sacerdote con curiosidad.

Sottsass: Padre, tengo que admitir que me ha hecho pensar. Quizás su idea de la gracia no esté tan lejos de mi concepto de diseño. Pero dígame, ¿cómo encuentra usted sentido en un mundo tan caótico?

DB: (con serenidad) Lo encuentro en las personas, Ettore. En cada joven que logra superar el dolor, en cada momento en que alguien se siente amado. Y usted, ¿dónde encuentra sentido?

Sottsass: (mmm) En el acto de crear. En la posibilidad de que, aunque sea por un segundo, alguien vea el mundo de una manera diferente gracias a lo que hice.

DB: Entonces, señor Sottsass, creo que hemos encontrado nuestro terreno común. Ambos

creemos en el poder transformador de lo que hacemos. Solo usamos herramientas diferentes.

Sottsass: (sonriendo) Quizás, padre. Aunque debo decirle: usted tiene una audacia que no esperaba de un sacerdote.

DB: Y usted, una profundidad que no esperaba de un diseñador.

El inicio de una amistad

Narrador: A pesar de sus diferencias, Don Bosco y Ettore Sottsass encontraron un lenguaje

común en su amor por la humanidad y su deseo de desafiar lo establecido. Así como Don Bosco transformó vidas a través de la educación, Sottsass lo hizo a través del diseño.

Ambos dejaron un legado que, aunque nacido en mundos diferentes, comparte la misma esencia: la audacia de imaginar un mundo mejor.

“Cuando era joven, todo lo que oíamos era funcionalismo, funcionalismo, funcionalismo. No es suficiente. El diseño también debe ser sensual y emocionante” (Ettore Sottsass).



Don Bosco y Carlo Acutis: evangelizadores en red

María Cristina Gallegos

Unidad Educativa Fiscomisional Don Bosco, Ecuador

(Escena: Una banca en un parque con un cielo de luz clara. San Juan Bosco, con su tradicional sotana, observa con curiosidad una tableta digital que Carlo sostiene entre sus manos. Están rodeados de un grupo de jóvenes de distintas épocas. Se respira alegría y espíritu juvenil).

Don Bosco: ¡Ah, los tiempos han cambiado! Antes bastaba una imprenta, unos boletines y una buena palabra al oído para encender el corazón de los jóvenes. Pero esto que tienes en las manos... parece un pequeño oratorio portátil.

Carlo Acutis: ¡Exacto, Don Bosco! Este es mi método: llevar a Jesús hasta donde están los jóvenes... que ahora es, mu-

chas veces, en la red. ¿Sabía que con esta tablet hice un catálogo de todos los milagros eucarísticos del mundo?

DB: ¡Increíble! Yo soñé con tierras de misión y envié a muchos misioneros a evangelizar por diferentes lugares del mundo... pero veo que tú también lo hiciste y sólo con un clic. ¿Y todo eso para qué?

CA: Para mostrar que Jesús está vivo, aquí y ahora. Me decía a mí mismo: “La Eucaristía es mi autopista al Cielo”. ¿Cómo no compartir eso con los demás? Si los jóvenes no conocen a Jesús, ¿cómo lo van a amar?

DB: ¡Bravo, Carlo! Eso es exactamente lo que quise hacer en Valdocco. Convertí una casa destartalada en un lugar de encuentro, donde cada joven se sintiera amado. Pero dime, ¿no te asusta todo lo malo que también hay en internet?

CA: Claro que sí, Don Bosco. Por eso decidí ser un “influencer de Dios”. Uno puede elegir: ser consumidor pasivo o sembrador de esperanza. La red puede ser un campo de misión. ¡Solo hace falta creatividad, pasión... y mucho amor!

DB: ¡Ah, pasión! Yo también hice lo que pude con lo que tenía. ¿Sabías que escribí más de 220 publicaciones entre libros, artículos y boletines? Hasta me llamaban “el apóstol de la pluma”. Me parecía urgente llegar al corazón del joven con palabras sencillas y profundas.

CA: ¡Usted fue el primer evangelizador “vanguardista”! Usaba todo lo que tenía a su alcance en tecnología y redes sociales, teatro, música, libros, paseos, juegos... Todo servía, si era para llevarlos al amor de Jesús y de María.

DB: ¡Así es! Y la Eucaristía era el centro. Siempre les repetía a los muchachos: “No dejen nunca la comunión y la confesión. Son los dos

pilares que sostienen la vida cristiana”. ¿Tú también lo viviste así?

CA: Totalmente. Iba a misa todos los días desde que tenía siete años. Y cuando salía, decía que había vivido el momento más importante del día. Jesús me transformaba desde dentro. Sin Él, no tenía sentido usar la tecnología.

DB: Me conmueve escucharte. En mi tiempo, muchos decían que los jóvenes no tenían remedio. Hoy siguen diciendo lo mismo... pero tú y yo sabemos que no es verdad.

CA: ¡No, no lo es! Un joven puede ser santo con zapatillas, con jeans y hasta con memes... si tiene el corazón puesto en Dios. Y si hay alguien que lo acompañe, como usted lo hizo con Domingo Savio.

DB: Ese muchacho... ¡qué corazón tan puro! Me decía: “Prefiero morir antes que pecar”.

Veo en ti algo muy parecido. La santidad no es para unos pocos, sino para todos. Pero hace falta que alguien los forme, los escuche, los entienda.

CA: Sí. Y por eso soñaba con formar comunidades virtuales de oración, sitios web donde se compartiera el Evangelio, donde los jóvenes se den cuenta de que no están solos. ¡La red puede ser el nuevo patio de Valdocco!

DB: ¡Qué hermosa visión! Me imagino ya ese oratorio digital: abierto, alegre, lleno de buenos amigos, con Jesús en el centro. ¡Y con muchos “Carlo” creando, editando, programando para el Reino!

CA: Y muchos “Don Bosco” también, acompañando con sabiduría. ¿Se imagina si usted hubiera tenido un canal de YouTube?

DB: ¡Hubiera hecho cortos con parábolas, testimonios, sueños...! Pero ahora me alegra

saber que tú y tantos otros siguen ese camino. Dios se sirve de todo, hasta de las redes sociales, si hay amor verdadero.

CA: Porque el secreto está en esto: “La Eucaristía es la autopista al cielo”, y la tecnología, un vehículo más para recorrerla.

DB: ¡Bien dicho, Carlo! Tú y yo, dos soñadores de siglos distintos, pero con la misma misión: que los jóvenes se salven, sean felices aquí y en la eternidad. ¡Qué maravilla encontrarnos!

Narrador final: Don Bosco y Carlo se despiden con una sonrisa, pero sin alejarse. Siguen caminando juntos entre jóvenes, en aulas, redes, oratorios y plazas. Porque la santidad es contagiosa, y el amor de Dios, infinito. La tecnología cambia, pero el corazón permanece... buscador de sentido, de verdad, de Cristo.

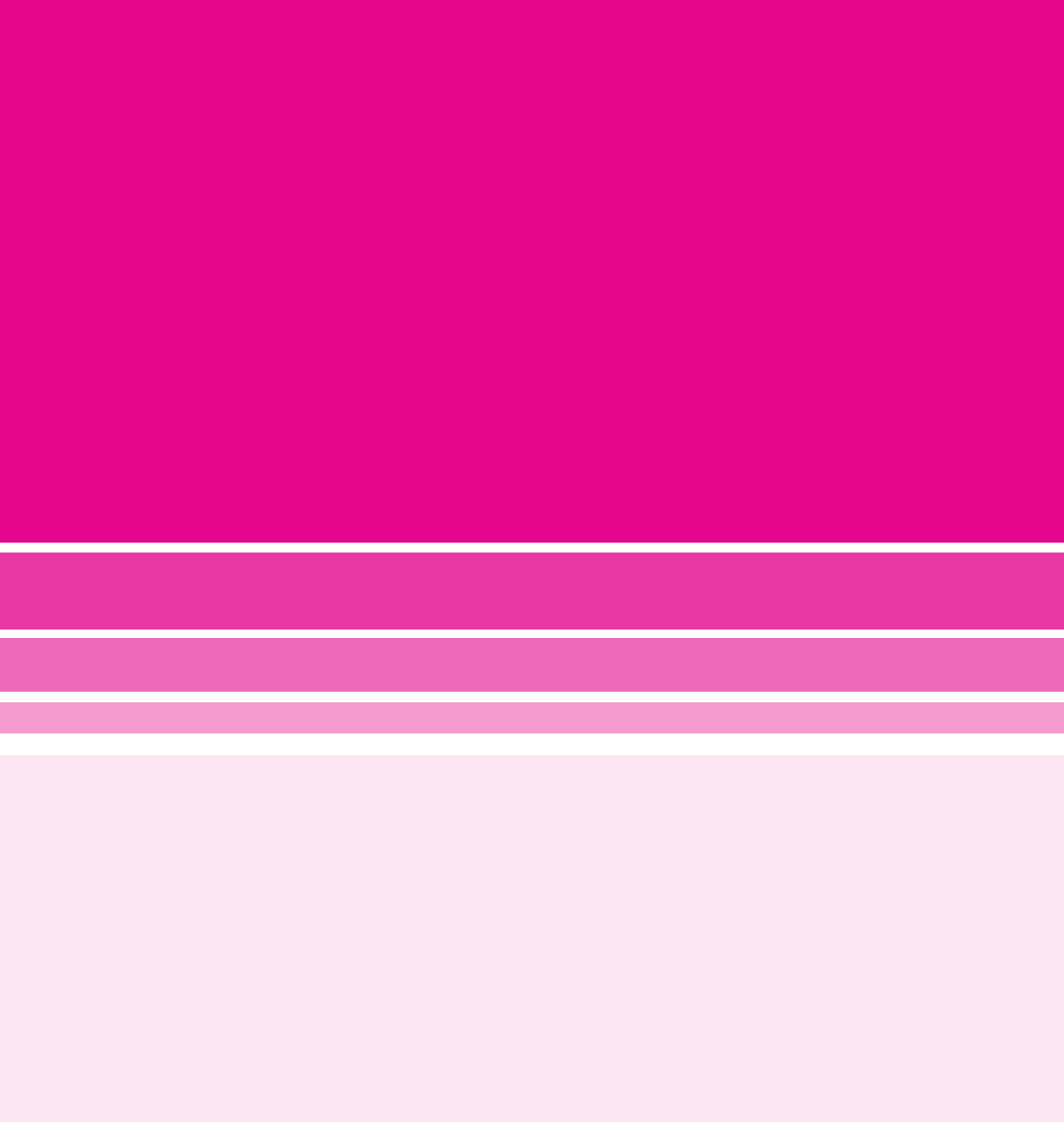
Don Bosco no solo fue un comunicador, sino un verdadero estratega del bien. En su tiempo, el abandono, la pobreza, la marginación y la violencia empujaban a muchos jóvenes a la delincuencia o a una vida sin sentido. Él respondía con creatividad, con oratorios, escuelas-taller, y sobre todo con amor educativo. Su visión sigue siendo actual: usar todos los medios posibles —ya sean boletines, tecnología, redes sociales o el simple estar presente— para ofrecer caminos de esperanza.

Hoy en Ecuador, y en varios rincones del mundo, muchos jóvenes viven realidades similares: violencia, desempleo, migración forzada, adicciones o falta de oportunidades. La espiritualidad salesiana nos interpela a no quedarnos de brazos cruzados. Así como Don Bosco usó la imprenta y Carlo usó internet, hoy estamos llamados a crear espacios seguros —físicos y digitales— donde los jóvenes encuentren sentido, comunidad y herramientas para transformar su realidad.

Epílogo: En la misma sintonía

Don Bosco soñaba con un oratorio sin fronteras. Carlo lo vivió con la nube digital. Ambos comprendieron que cada época necesita sus lenguajes, pero que el mensaje es eterno: Jesús Eucaristía es el centro. Don Bosco tuvo su imprenta. Carlo, su página web. Pero ambos evangelizaron con alegría, creatividad y ternura, conquistando jóvenes para Dios.

Todos los que colaboramos en una obra educativa, especialmente aquellos que somos docentes/educadores, somos herederos de este carisma, lo cual nos invita a seguir su ejemplo: acompañar a los jóvenes a transitar por las nuevas tecnologías con criterio, convicción y valores cristianos... Jóvenes conectados, sí... pero, sobre todo, conectados al corazón de Cristo y de María.





François Poullain de La Barre y Don Bosco

Ángel Torres-Toukoumidis

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

Una tarde invernal en Ginebra. Entre los muros de una casa antigua, Don Bosco, de paso por Suiza para un encuentro educativo, es recibido en un salón silencioso donde lo aguarda un espíritu proveniente de otro tiempo: el filósofo François Poullain de La Barre. El crepitar de la leña en la chimenea acompaña un diálogo que, poco a poco, enciende ideas...

Don Bosco: Señor Poullain, siempre he creído que la educación debe abrirse a todos, sin distinción. Pero su obra, en

especial *De la igualdad de los dos sexos*, va mucho más lejos. Usted invita a cuestionar el orden establecido. Hoy en día, algunos dirían *Igualdad de los tres, cuatro o cinco sexos*.

François Poullain de La Barre: Estimado Don Bosco, no voy a entrar en futurologías sobre posibles nuevos sexos. En el siglo XVII cuando fue escrita dicha obra, para ese momento el orden establecido no siempre es sinónimo de justicia. A veces, la tradición no es más que un pretexto para mantener lo injustificable. De Descartes aprendí que la verdad no habita en la costumbre, sino en el examen riguroso de nuestras ideas.

DB: Sus palabras me conmueven. En mis oratorios, veo a tantos jóvenes, muchachos y muchachas, marcados por injusticias sociales. Y son ellas, más que ellos, a quienes se les niega aprender, elegir o soñar.

F. P. de La B.: Porque hemos construido una sociedad sobre una falsedad: que la mujer es inferior al hombre por naturaleza. Pero nada lo demuestra. Es un prejuicio. Y todo prejuicio es un obstáculo para la verdad y la libertad.

DB: Aquí distingo lo que suelo enseñar: la igualdad es un principio —todos iguales ante Dios—, pero la equidad es una responsabilidad. Algunos necesitan más apoyo, cuidado, atención. No doy lo mismo a todos mis alumnos, sino lo que cada uno requiere para crecer.

F. P. de La B.: Tienes una intuición moderna, Padre. Muchos creen que tratar a todos por igual es justicia. Pero no lo es. La justicia no es igualdad rígida, sino reconocer las diferencias para garantizar oportunidades auténticamente iguales.

DB: Entrando en el delicado tema del feminismo...En ciertos círculos católicos, esa palabra asusta. Se la vincula a la rebelión, a la

división. Pero yo la entiendo como usted: un llamado a restaurar una dignidad herida.

F. P. de La B.: Exacto. El feminismo, cuando es sincero, busca justicia, no venganza. No pretende invertir la dominación, sino abolirla. Me atrevo a decir que es una de las causas más racionales y humanas que existen.

DB: En mis escuelas, he visto jóvenes brillantes, llenas de fe y coraje. No pedían privilegios, solo la oportunidad de aprender, realizarse y participar. Creo que la Iglesia debe aprender de ellas.

F. P. de La B.: Y los hombres también. Porque en una sociedad que excluye a las mujeres, los hombres reducen su propia humanidad. Se convierten en carceleros de un sistema que creen servir, pero que también los encarcela.

DB: Su reflexión me recuerda un pasaje del Evangelio: “*Lo que hicisteis con el más pequeño de los míos, conmigo lo hicisteis*”. La injusticia contra una mujer, una hija, una madre, es una injusticia contra Cristo.

F. P. de La B.: Hablas como cura, pero también como educador. Y yo, como filósofo, diré esto: la sociedad cambiará cuando transformemos nuestra forma de pensar. La libertad comienza en la mente.

F. P. de La B.: Entonces, debemos formar mentes libres y corazones justos. Es mi lucha diaria: enseñar no solo letras, sino bondad, misericordia, respeto mutuo.

F. P. de La B.: Una noble tarea. Permítame esperar que, algún día, en sus escuelas, las niñas sean tan numerosas como los niños; que lleguen a ser sabias, artistas, científicas... ¡o santas!

DB: Amén. Y que, en esa sociedad futura, la igualdad no signifique uniformidad, sino armonía; que la equidad guíe las instituciones; y que el feminismo no sea una demanda, sino una evidencia.

F. P. de La B.: Entonces, Don Bosco, sigamos cada cual en nuestro tiempo iluminando conciencias. El futuro se construirá con ambos.



El Chavo y Don Bosco. El patio de los sueños

María José Cabrera Coronel

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

María Auxiliadora brilla tan bonito, con una luz permanente y especial como si nos quisiera hablar... pero hay momentos que ese resplandor se va por un momento... ¡Dios mío, Dios mío! va susurrando una mayorcita, mirando al cielo y santiguándose tres veces...

¡Ay! Pero no es ni magia, ni un milagro ha sido un niño curiosísimo y travieso que ha descubierto que con un espejo puede jugar con la luz... Más, pobre mayorcita que se pasea todos los días por el patio, pensando que es un milagro de María Auxiliadora...

Y entre el brillo que se reflejaba, aparecía Don Bosco con un bastón y caminando despacio hasta llegar donde se originaba esa luz tan impactante...

Don Bosco: (sorprendido y con una sonrisa) Hola pequeño... ¿jugando con el espejo? o ¿esperando a tus amigos?

El Chavo: Ay, ay, lo del espejo fue sin querer queriendo y “pos, pos”, jugando solo... quizás nadie quiere jugar conmigo.

DB: Jaja “pos, pos” ¿Y por qué dices eso?

El Chavo: Porque mis amigos piensan que yo solo molesto a las personas, pero en realidad me piiiican las manos por jugar, aunque la verdad son travesuras...

DB: Jaja, tranquilo es la naturaleza de la edad... los niños no deberían ser castigados solo necesitan que los adultos les brinden amor... a ver cuéntame ¿cómo te llamas?

El Chavo: No tengo nombre, todos me dicen el Chavo.

DB: “Pos, pos” qué interesante que te llamen Chavo (sonríe).

El Chavo: jaja, no diga “Pos, pos” eso no está bien para un mayorcito como usted o ¿es un padrecito?... (se cubre el rostro con las manos).

DB: Ay pequeño me has hecho reír con tu inocencia. Soy Juan Bosco y sí, soy padrecito y amigo de los niños...

El Chavo: Pero usted fue niño hace muchísimos años, que hasta bastón usa..., ay no perdón padrecito lo dije sin querer queriendo, no quise ofender (se cubre nuevamente el rostro con las manos).

DB: No me ofendes Chavo y no sientas vergüenza. Es verdad fui niño hace muchos

años, ¡pero mi sentido del humor no ha cambiado eh! (guiñito).

El Chavo: Qué padre que ha sido usted...

DB: Hijo recuerda que la vida está llena de momentos bonitos, de días que por más desolados estén, siempre debes sonreír

El Chavo: ¿Sonreír?, ni que fuera tan fácil (alzando los hombros)...

DB: Ay Chavito, has hecho reír a carcajadas a millones de personas...

El Chavo: “Pos, pos”, yo solo sueño en que todos, todiiiiitos los niños nunca pero nunca estén tristes...

DB: Ahora que hablas de sueños, yo también sueño con un mundo donde todos los niños tuvieran una oportunidad, donde la vida se convierta en un patio de aprendizajes

El Chavo: Usted ha sido muy amable conmigo, me ha escuchado sin conocerme...

DB: Escuchar es la primera herramienta para el aprendizaje, porque todo cambia con la educación. Además, no es cuestión de ir solo a la escuela, sino debemos ser buenos cristianos, debemos ser justos y nunca perder la esperanza...

El Chavo: Sííí, (mientras se agarra su camiseta) pero en la escuela nadie cree en mí (baja la cabeza, en tono de tristeza)...

DB: Tú lo que necesitas es más confianza en ti, en no rendirte y sobre todo aprender...

El Chavo: Yo sí quisiera estudiar y estudiar y esforzarme muchisiiiiisiiiiimo, pero no sé cómo...

DB: Porque tienes que confiar en ti, en Dios. Y te cuento algo; imagínate que en mi Oratorio; la mayoría de los niños son como tú,

sueñaan, pero no saben confiar en sí mismo; algunos con limitaciones e inclusive con padres migrantes... Perooo, todos con un corazón enorme como el tuyo, un corazón inocente, más claro un corazón de niño...

El Chavo: ¿Y que es un Oratorio?

DB: Es un espacio de formación espiritual y también recreativo. En ese lugar van todos, todiiitos (*como dices tú*) los niños, niñas y adolescentes que deseen aprender de Dios y crecer en la fe.

El Chavo: ¿Y yo puedo ir?

DB: Claro que puedes ir, cuando tú quieras, te sentirás como en *casa*, con un ambiente familiar; estarás como en la *escuela*, como un lugar de aprendizaje; tendrás un *patio*, donde podrás hacer amigos y tendrás un espacio de evangelización que será considerada como una *parroquia*.

El Chavo: Se escucha interesante, yo quiero ir, ándele...

DB: (sonríe) Sí, sí, mañana vengo por ti para enseñarte el Oratorio.

El Chavo: Gracias Don Bosquito. Y perdón si soy imprudente pero como que ya se hizo muy tarde, le agarraré la noche... Le acompaño a su casa...

DB: No te preocupes Chavo, somos vecinos, porque mi casa está a media cuadrita, además los niños no deben salir a la calle tan tarde...

El Chavo: Bueno, bueno. Le espero a esta misma hora, por este mismo canal (*tocándose la cabeza*) ay digo en este mismo lugar para irnos allá donde seguro me darán una torta de jamón (guiñito y puñito)...

DB: ¡Jajaja, qué Chavo eres! Adiós niño, adiós...



Don Bosco y Steve Jobs: relatos sobre el emprendimiento y la innovación

*Fernando Pesántez
Juan Cárdenas Tapia*

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

Don Bosco: Steve, veo que has logrado crear no solo un negocio, sino un imperio que ha cambiado la forma en que el mundo se comunica y trabaja. Sin embargo, en mi época, el enfoque estaba en formar jóvenes para que tuvieran un oficio estable, un empleo que les permitiera vivir con dignidad. Hoy, veo que muchos jóvenes sueñan con emprender, con crear algo propio. ¿Cómo ves tú la diferencia entre un negocio tradicional, el empleo y el emprendimiento?

Steve Jobs: Don Bosco, es una gran pregunta. Un negocio tradicional suele ser algo estable, quizás heredado o basado en una necesidad local. El empleo, por otro lado, es la opción más segura para muchas personas: trabajar para alguien más, tener un salario fijo y cierta estabilidad. Pero el emprendimiento es diferente. Es arriesgado, pero también es donde ocurre la verdadera innovación. Cuando emprendes, no solo creas un producto o servicio, sino que buscas resolver problemas a gran escala, incluso a nivel global. Apple, por ejemplo, comenzó en un garaje, pero siempre tuvimos la visión de crear productos que pudieran exportarse y cambiar vidas en todo el mundo.

DB: Entiendo. Pero, Steve, el emprendimiento no es para todos. Muchos jóvenes carecen de recursos, conocimientos o incluso de la confianza necesaria para arriesgarse. ¿Cómo podemos equilibrar la formación para el empleo con el fomento del espíritu emprendedor?

SJ: Tienes razón, no todos están hechos para emprender, pero todos deberían tener la oportunidad de intentarlo si así lo desean. La clave está en la educación. En mi caso, lo que aprendí en la universidad, aunque no terminé la carrera, me dio las bases para pensar de manera creativa. Hoy, los jóvenes necesitan aprender no solo habilidades técnicas, sino también a pensar de manera innovadora, a resolver problemas y a ver oportunidades donde otros ven obstáculos. Un producto exportable, por ejemplo, no es solo algo físico; es una solución que puede adaptarse a diferentes culturas y mercados.

DB: Me gusta esa idea. En mis oratorios, siempre busqué formar a los jóvenes en oficios prácticos, pero también en valores como la responsabilidad, la perseverancia y el trabajo en equipo. Estos valores, creo, son esenciales tanto para el empleo como para el emprendimiento. Sin embargo, veo que el mundo actual valora mucho la inmediatez, el éxito rápido. ¿Cómo podemos

enseñar a los jóvenes que el emprendimiento es un camino de paciencia y esfuerzo constante?

SJ: Esa es una lección crucial, Don Bosco. El éxito no es instantáneo. En Apple, fracasamos muchas veces antes de lograr algo significativo. Lo importante es aprender de cada error y seguir adelante. Los jóvenes deben entender que un producto exportable no se crea de la noche a la mañana. Requiere investigación, adaptación y, sobre todo, pasión. Si logramos inculcarles esa mentalidad, estarán preparados no solo para emprender, sino para enfrentar cualquier desafío en la vida.

DB: Entonces, ¿dirías que el emprendimiento es más que un negocio? ¿Es una forma de vida?

SJ: Exactamente. El emprendimiento es una mentalidad. Es ver oportunidades donde otros no las ven, es arriesgarse por un sueño y es trabajar incansablemente para hacerlo realidad.

Pero también es importante recordar que no todos tienen que ser emprendedores. Un buen empleado, con habilidades sólidas y valores firmes, es igual de valioso. Al final, se trata de encontrar tu pasión y contribuir al mundo de la mejor manera posible.

DB: Gracias, Steve. Creo que este diálogo nos deja una gran lección: ya sea en un negocio tradicional, en un empleo o en un emprendimiento, lo más importante es formar personas íntegras, capaces de aportar valor a la sociedad y de vivir con propósito.

DB: Steve, he escuchado mucho sobre tu capacidad para innovar, para crear productos que han cambiado el mundo. En mi época, la innovación no era un término tan común, pero siempre busqué nuevas formas de llegar a los jóvenes, de educarlos y prepararlos para la vida. ¿Cómo defines tú la innovación?

SJ: Don Bosco, para mí la innovación es ver lo que otros no ven. Es conectar puntos que parecen desconectados, es pensar de manera diferente. La innovación no se trata solo de inventar algo nuevo, sino de mejorar lo que ya existe, de simplificarlo y hacerlo accesible para todos. Por ejemplo, el iPhone no fue el primer teléfono, pero fue el primero que combinó diseño, funcionalidad y simplicidad de una manera que nadie había imaginado antes.

DB: Interesante. En mi caso, la innovación fue más sobre metodologías y enfoques. Por ejemplo, el sistema preventivo que desarrollé para educar a los jóvenes no se basaba en castigos, sino en la prevención, el amor y la confianza. Era algo radical para la época, pero funcionó porque respondía a una necesidad real. ¿Crees que la innovación siempre debe estar ligada a resolver problemas?

SJ: Absolutamente. La innovación no tiene sentido si no resuelve un problema o mejora la vida de las personas. Pero también debe anticiparse a las necesidades futuras. En Apple, no nos limitamos a preguntar qué quiere la gente; intentamos imaginar qué podría necesitar antes de que lo sepa. Esa es la verdadera innovación: crear algo que la gente no sabía que necesitaba hasta que lo tuvo en sus manos.

DB: Eso me hace pensar en la importancia de la creatividad. En mis oratorios, siempre animé a los jóvenes a ser creativos, a explorar sus talentos. ¿Crees que la creatividad es algo innato o se puede enseñar?

SJ: La creatividad es como un músculo: todos la tenemos, pero hay que ejercitarla. En mi caso, me inspiré en cosas tan diversas como la caligrafía, la música y el diseño industrial. La clave es exponerse a diferentes experiencias y conectar ideas que aparentemente no tienen

relación. Por eso, creo que la educación debe fomentar la curiosidad y la exploración, no solo la memorización de datos.

DB: Conuerdo totalmente. En mis escuelas, siempre busqué integrar el arte, el deporte y la formación técnica, porque creo que el desarrollo integral de la persona es esencial para la verdadera innovación. Pero, Steve, ¿qué pasa con el miedo al fracaso? Muchos jóvenes tienen ideas brillantes, pero temen arriesgarse.

SJ: El fracaso es parte del proceso. En Apple, fuimos despedidos de nuestra propia empresa en los años 80, y fue una de las mejores cosas que me pudo pasar. Me enseñó humildad y me dio la oportunidad de empezar de nuevo con una perspectiva fresca. Los jóvenes deben entender que el fracaso no es el final, sino una lección. Si no estás fallando de vez en cuando, es que no estás innovando lo suficiente.

DB: Esa es una gran lección. En mi experiencia, también aprendí que la innovación requiere paciencia y perseverancia. No siempre se ven los frutos de inmediato, pero con dedicación y fe, los resultados llegan. ¿Crees que la innovación tiene límites?

SJ: La innovación no tiene límites, pero sí tiene responsabilidades. Podemos crear tecnología increíble, pero debemos asegurarnos de que se use para el bien común. Por ejemplo, en Apple, siempre nos hemos preocupado por la privacidad y la sostenibilidad. La innovación no debe ser solo sobre lo que podemos hacer, sino sobre lo que debemos hacer.

DB: Eso es muy importante, Steve. La innovación debe estar guiada por valores éticos y un sentido de responsabilidad hacia la sociedad. Al final, no se trata solo de crear algo nuevo, sino de hacer del mundo un lugar mejor.

SJ: Exactamente, Don Bosco. La verdadera innovación es aquella que deja una huella positiva en el mundo, que inspira a otros a soñar y a crear. Y creo que, en eso, tú y yo estamos completamente de acuerdo.

DB: Steve, en mi época, las ideas y los inventos no se protegían como hoy. Sin embargo, veo que, en tu campo, la protección intelectual es fundamental. ¿Por qué es tan importante proteger las ideas y cómo se equilibra esto con el bien común?

SJ: Don Bosco, la protección intelectual es esencial para fomentar la innovación. Si las ideas no están protegidas, ¿qué incentivo tendría alguien para invertir tiempo, dinero y esfuerzo en crear algo nuevo? En Apple, por ejemplo, hemos patentado cientos de inventos, desde diseños hasta tecnologías, porque eso nos permite seguir innovando sin que otros copien y se beneficien de nuestro trabajo sin contribuir al proceso creativo.”

DB: Entiendo la necesidad de proteger el fruto del trabajo, pero también me preocupa que esto pueda limitar el acceso al conocimiento, especialmente para los más necesitados. Por ejemplo, en mis escuelas, siempre promoví que el conocimiento se comparta para el bien de todos. ¿Cómo podemos equilibrar la protección intelectual con la transferencia de tecnología?

SJ: Es un equilibrio delicado, sin duda. Por un lado, la protección intelectual es necesaria para mantener el ecosistema de innovación, pero por otro, el conocimiento debe fluir para que la sociedad avance. En Apple, hemos licenciado algunas de nuestras tecnologías a otras empresas, especialmente cuando vemos que puede beneficiar a la industria en su conjunto. También hemos apoyado estándares abiertos en ciertas áreas, como el desarrollo de aplicaciones, para fomentar la creatividad y el crecimiento del ecosistema tecnológico.

DB: Eso me parece muy positivo. Sin embargo, veo que, en muchos casos, las grandes empresas protegen sus tecnologías de manera tan estricta que los países en desarrollo no pueden acceder a ellas. ¿Cómo podemos asegurar que la transferencia de tecnología sea justa y equitativa?

SJ: Es un desafío global, Don Bosco. La transferencia de tecnología no solo debe ser un negocio, sino también una responsabilidad social. En Apple, hemos trabajado en proyectos de educación en países en desarrollo, proporcionando herramientas y capacitación para que las comunidades locales puedan aprovechar la tecnología. Pero esto no es suficiente. Las empresas, los gobiernos y las organizaciones sin fines de lucro deben colaborar para crear modelos que permitan compartir tecnología de manera justa, sin socavar los derechos de los creadores.

DB: Me alegra escuchar eso. Creo que la clave está en la colaboración y en poner a las per-

sonas en el centro. En mis oratorios, siempre busqué que los jóvenes aprendieran oficios que les permitieran ser autosuficientes y contribuir a su comunidad. Hoy, la tecnología es una herramienta poderosa para lograr eso, pero solo si se usa de manera responsable y con un sentido de justicia.

SJ: Exactamente, Don Bosco. La tecnología no es un fin en sí misma, sino un medio para mejorar la vida de las personas. La protección intelectual debe servir para incentivar la innovación, pero nunca para crear barreras que impidan el progreso. Y la transferencia de tecnología debe ser vista como una oportunidad para empoderar a las comunidades, no solo como una transacción comercial.

DB: Entonces, ¿dirías que la ética debe ser un componente fundamental en la protección intelectual y la transferencia de tecnología?

SJ: Sin duda. La ética debe guiar todo lo que hacemos, especialmente en un mundo donde la tecnología tiene un impacto tan profundo en la sociedad. Las empresas tienen la responsabilidad de proteger sus innovaciones, pero también de asegurarse de que esas innovaciones beneficien a la humanidad. Al final, el verdadero éxito no se mide en patentes o ganancias, sino en el impacto positivo que tenemos en el mundo.

DB: Gracias, Steve. Este diálogo me ha hecho reflexionar sobre la importancia de equilibrar la protección de las ideas con la generosidad de compartirlas. Al final, como siempre, todo se reduce a poner a las personas en el centro y trabajar por el bien común.”

DB: Steve, he estado leyendo sobre una ley llamada Bayh-Dole Act, que permite a las universidades y pequeñas empresas quedarse con la propiedad de las invenciones que desarrollan con fondos públicos. Me parece un tema fasci-

nante, ya que toca aspectos como la propiedad intelectual, la innovación y el bien común. ¿Qué opinas de este tipo de leyes?

SJ: Don Bosco, la Bayh-Dole Act fue un cambio revolucionario en su momento. Antes de esta ley, las invenciones financiadas con fondos públicos pertenecían al gobierno, y muchas veces quedaban sin explotar porque no había un incentivo claro para comercializarlas. Con esta ley, las universidades y las empresas pudieron patentar y licenciar sus invenciones, lo que ha impulsado la innovación y ha permitido que muchas tecnologías lleguen al mercado.

DB: Entiendo que esto ha sido beneficioso para la innovación, pero me preocupa que pueda generar desigualdades. Por ejemplo, ¿qué pasa con las comunidades o países que no tienen acceso a estas tecnologías porque están protegidas por patentes? ¿No debería haber un equilibrio entre el beneficio privado y el bien público?

SJ: Es una preocupación válida, Don Bosco. La Bayh-Dole Act ha sido muy efectiva para impulsar la innovación en Estados Unidos, pero también ha generado debates sobre el acceso a tecnologías desarrolladas con fondos públicos. Por ejemplo, algunos medicamentos o tecnologías médicas que surgieron de investigaciones universitarias pueden ser costosos debido a las patentes. Sin embargo, la ley también incluye cláusulas que permiten al gobierno intervenir si una invención no está siendo utilizada para el beneficio público.

DB: Eso me parece importante. En mis escuelas, siempre promoví que el conocimiento y las habilidades se compartieran para el bien de todos. ¿Crees que leyes como la Bayh-Dole Act podrían adaptarse para fomentar una mayor transferencia de tecnología a países en desarrollo o comunidades desfavorecidas?

SJ: Sin duda, Don Bosco. Las leyes de innovación deben evolucionar para abordar los

desafíos globales. Por ejemplo, se podrían crear mecanismos que permitan a los países en desarrollo acceder a tecnologías críticas, como las relacionadas con la salud o la energía, a un costo reducido o incluso de manera gratuita. En Apple, hemos apoyado iniciativas de código abierto y hemos compartido algunas de nuestras tecnologías para fomentar la innovación en áreas como la educación y la accesibilidad.

DB: Me alegra escuchar eso. Creo que la clave está en encontrar un equilibrio entre incentivar la innovación y asegurar que sus beneficios lleguen a todos, especialmente a los más necesitados. ¿Crees que las empresas y las universidades tienen una responsabilidad ética en este sentido?

SJ: Absolutamente, Don Bosco. Las empresas y las instituciones académicas no solo deben buscar el beneficio económico, sino también contribuir al bienestar de la sociedad. La Bayh-Dole Act ha sido un gran avance, pero no

es suficiente. Necesitamos un enfoque más colaborativo, donde los gobiernos, las empresas y las organizaciones sin fines de lucro trabajen juntos para asegurar que la innovación beneficie a todos, no solo a unos pocos.

DB: Entonces, ¿dirías que leyes como la Bayh-Dole Act son un buen punto de partida, pero que necesitan complementarse con políticas que promuevan la equidad y la justicia?

SJ: Exactamente, Don Bosco. La Bayh-Dole Act ha demostrado que es posible impulsar la innovación y la transferencia de tecnología, pero ahora debemos ir un paso más allá. Necesitamos leyes y políticas que no solo protejan las invenciones, sino que también aseguren que sus beneficios se distribuyan de manera justa y equitativa. Al final, el verdadero éxito de la innovación no se mide en patentes o ganancias, sino en el impacto positivo que tiene en la vida de las personas.

DB: Gracias, Steve. Este diálogo me ha hecho reflexionar sobre la importancia de equilibrar los incentivos para la innovación con la responsabilidad de compartir sus beneficios. Como siempre, todo se reduce a poner a las personas en el centro y trabajar por el bien común.

DB: Steve, he estado leyendo sobre un economista llamado Ronald Coase, que habló mucho sobre los costos de transacción y cómo estos influyen en la forma en que las empresas y los mercados funcionan. Me parece interesante, pero ¿cómo crees que sus ideas se aplican en el mundo de la tecnología y la innovación?

SJ: Don Bosco, Ronald Coase fue un visionario. Su idea central es que los costos de transacción, como los costos de negociar, supervisar y hacer cumplir los contratos, determinan si una actividad se realiza dentro de una empresa o en el mercado. En el mundo de la tecnología, esto es crucial. Por ejemplo, en Apple, decidimos internalizar muchas

funciones, como el diseño de hardware y software, porque era más eficiente que depender de proveedores externos. Esto nos permitió mantener el control de la calidad y la innovación.

DB: Entiendo. Pero ¿qué pasa con los contratos? Coase mencionaba que los contratos son una forma de reducir los costos de transacción. En mi época, los contratos eran más simples, pero hoy veo que son extremadamente complejos, especialmente en el ámbito tecnológico. ¿Cómo manejas eso en Apple?

SJ: Los contratos son esenciales, Don Bosco. En Apple, trabajamos con cientos de proveedores en todo el mundo, y los contratos nos ayudan a asegurar que cumplan con nuestros estándares de calidad y plazos. Sin embargo, también nos aseguramos de que estos contratos sean lo suficientemente flexibles para adaptarse a cambios rápidos en la tecnología. Coase tenía razón al decir que los contratos deben minimi-

zar los costos de transacción, pero en un mundo tan dinámico como el de la tecnología, también deben permitir la innovación y la adaptación.

DB: Eso tiene sentido. Pero ¿qué pasa con las pequeñas empresas o los emprendedores? Coase hablaba de cómo los costos de transacción pueden ser una barrera para ellos. En mis oratorios, siempre busqué apoyar a los jóvenes emprendedores. ¿Cómo podemos ayudarlos a superar estos desafíos?

SJ: Es una gran pregunta, Don Bosco. Para los emprendedores, los costos de transacción pueden ser abrumadores. Por eso, en Apple, hemos creado programas como el App Store, que reduce los costos de distribución y marketing para desarrolladores independientes. También hemos simplificado los contratos y los procesos de licenciamiento para que los emprendedores puedan enfocarse en lo que mejor saben hacer: innovar. Coase nos enseñó que la clave está en

reducir las barreras y hacer que los mercados sean más accesibles.

DB: Me gusta esa idea. Pero ¿qué pasa con la ética en los contratos? Coase se enfocaba en la eficiencia, pero creo que también es importante considerar la justicia y la equidad. En mis escuelas, siempre promoví que los acuerdos fueran justos y transparentes. ¿Cómo aseguras eso en Apple?

SJ: La ética es fundamental, Don Bosco. En Apple, nos esforzamos por crear contratos que no solo sean eficientes, sino también justos. Por ejemplo, tenemos cláusulas que aseguran que nuestros proveedores traten a sus trabajadores de manera justa y cumplan con estándares ambientales. Coase nos enseñó a minimizar los costos de transacción, pero también creo que debemos asegurarnos de que nuestros contratos reflejen nuestros valores como empresa.

DB: Entonces, ¿dirías que las ideas de Coase son relevantes no solo para la economía, sino también para la forma en que las empresas como Apple operan y se relacionan con el mundo?

SJ: Absolutamente, Don Bosco. Las ideas de Coase son fundamentales para entender cómo organizamos nuestras actividades económicas, ya sea dentro de una empresa o en el mercado. En Apple, hemos aplicado sus principios para ser más eficientes y competitivos, pero también para asegurarnos de que nuestras prácticas sean éticas y sostenibles. Al final, se trata de encontrar el equilibrio entre la eficiencia y la responsabilidad.

DB: Gracias, Steve. Este diálogo me ha hecho reflexionar sobre la importancia de los contratos y los costos de transacción, no solo desde una perspectiva económica, sino también ética. Como siempre, todo se reduce a poner a las personas en el centro y trabajar por el bien común.



El tren de Astápovo: encuentro de Tolstói y Don Bosco

Moisés Pallo Chiguano

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

Astápovo, Rusia. Madrugada del 28 de octubre de 1910.

Un chirrido metálico resonó en el aire cuando el tren disminuyó la marcha, un leve sacudón despertó al pasajero de sotana negra, que abrió los ojos con lentitud y parpadeó varias veces hasta acostumbrarse a la penumbra. Alzó la vista hacia la ventanilla y apenas distinguió las sombras que se movían entre la niebla. Luego, volvió su mirada hacia la puerta.

Inmediatamente, entró un anciano de barba blanca y comenzó a caminar hacia el fondo del vagón, sus pasos eran lentos y pausados como si meditara en cada pisada. Al final del compartimento, sus ojos se cruzaron con los del hombre de sotana negra y sin decir palabra, se sentó junto a él. Afuera, el tren lanzó un prolongado silbido y volvió a ponerse en marcha.

Mientras el anciano acomodaba su caftán y apoyaba las manos sobre el regazo, el pasajero de sotana paseó la mirada por las profundas arrugas que surcaban la frente y las mejillas de su nuevo compañero, se detuvo un instante en la barba tupida y encrespada, descendió luego al caftán gris, a los pantalones oscuros y a las botas gastadas.

El anciano, por su parte, se permitió una rápida mirada al hábito oscuro que caía recta sobre el cuerpo del clérigo, la manera en que las manos estaban entrelazadas sobre el muslo y la postura contenida que mantenía al sentarse.

Al compás del balanceo del vagón, los viajeros tuvieron esta conversación:

Anciano: (apenas un susurro) ¿Viaja lejos?

Clérigo: (con acento del norte de Italia) Tan lejos como lo permita el alma.

Anciano: (girando apenas el rostro) ¿Es usted clérigo?

Clérigo: Soy sacerdote, y viajo de paso.

Anciano: Debo admitir que me sorprende encontrar a un santo en un tren de tercera clase. ¿No viajan ustedes en altares?

Clérigo: (sonríe) Cristo nació en un pesebre. ¿Qué mejor lugar que un banco de madera para cruzar el mundo?

Anciano: (mirando la ventanilla, tras una breve pausa) Curioso... algunas enseñanzas pa-

recen tan claras, y aun así cada quien las interpreta de manera distinta.

Clérigo: (inclinando la cabeza, con suavidad) Aún no sé con quién comparto este tramo del camino. ¿Puedo preguntarle su nombre?

Anciano: (con voz queda, como si pronunciara un nombre demasiado largo) Lev Nikoláievich Tolstói... Ese es mi nombre. ¿Y el suyo?

Clérigo: (estrechando apenas la mano del anciano) Juan Bosco. Algunos me llaman Don Bosco. Procuero estar donde los jóvenes más lo necesitan.

Tolstói: (asintiendo, con una leve sonrisa) Me alegra por los jóvenes que puedan tener a alguien así cerca. ¿Cómo es su trabajo con ellos?

Don Bosco: (tras un leve suspiro, como si recordara a los muchachos) Se trata de acompa-

ñarlos, orientarlos, ofrecerles un espacio seguro donde puedan crecer y aprender.

T.: (observando el movimiento del vagón) Y usted, ¿a dónde se dirige?

DB: (mirando por la ventanilla, pensativo) A seguir donde se me necesita... cada viaje me lleva a jóvenes que esperan apoyo, orientación, alguien que los acompañe en su crecimiento.

T.: (contemplativo) Debe ser reconfortante... acompañarlos en su camino.

DB: (asintiendo con suavidad, con una leve sonrisa) Sí... estar con ellos me da alegría. Y usted, ¿hacia dónde se dirige?

T.: (tras un silencio, con un suspiro) He dejado mi hogar... Ya no podía seguir allí. Mi vida y mis convicciones dejaron de convivir en armonía.

DB: (con suavidad) Entiendo... A veces, uno debe alejarse para encontrar silencio y claridad.

T: (mirando al suelo, casi en un murmullo) Sí... Busco algo de paz, quizá un respiro de todo lo que me rodea.

DB: (asintiendo, con calma) Entonces ambos buscamos algo, aunque de maneras distintas: usted, paz y claridad; yo, estar presente donde otros necesitan guía.

T: (con la mirada perdida en la ventanilla) Usted siembra, mientras yo... huyo. Dos caminos distintos, y aun así... tal vez buscamos lo mismo: que la vida tenga sentido.

Don Bosco asintió con serenidad, sin añadir palabra. El tren se sacudió suavemente al entrar en la estación. Tolstói se puso de pie, apretando el borde del asiento.

T: (sin mirarlo) Aquí debo bajar.

Descendió del vagón, y la niebla lo envolvió hasta borrarlo de la vista. Instantes después, un silbido breve cortó el aire y el tren retomó su marcha.



Entrevista entre Don Bosco y Sor María Troncatti por motivo de su beatificación

Pablo Farfán

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

En las iglesias y parroquias salesianas se preparan espacios para poner la imagen de Sor María Troncatti la nueva Santa.

En una de esas iglesias el escenario es luminoso, como un encuentro fuera del tiempo. Don Bosco recibe con una sonrisa cordial a Sor María Troncatti. Ella lleva un hábito sencillo de Hija de María Auxiliadora, con un rostro sereno que transmite paz y firmeza.

Don Bosco: Sor María, ¡qué gozo tenerte aquí! Tú eres una de las hijas que prolongó con fidelidad el carisma salesiano hasta las tierras más lejanas y hoy estás aquí en los altares de las iglesias y disfrutando del paraíso salesiano. Para comenzar, quisiera que nos cuentes cómo nació tu vocación en medio de una familia humilde en Italia.

Sor María Troncatti: ¡Don Bosco que alegraría poder conversar con Ud! Yo nací en 1883 en Corteno Golgi, en una familia de campesinos pobres. Desde niña tuve un gran amor por la catequesis y por las cosas de Dios. Soñaba con ser religiosa, pero en obediencia a mi párroco esperé hasta ser mayor de edad. Mis padres, especialmente mi padre, sufrieron mucho con mi decisión; tanto que cuando dejé la casa familiar él se desmayó de dolor. Fue una separación marcada por lágrimas, pero también por la certeza de que Dios me llamaba a un camino mayor. La

verdad todo lo que hice como misionera fue por amor a las jóvenes pobres.

DB: Esa entrega radical siempre implica desprendimiento. Una vez en la Congregación, ¿qué experiencias marcaron tu formación?

Sor MT: Ingresé en 1905 al noviciado de las Hijas de María Auxiliadora y profesé mis votos en 1908 en Nizza Monferrato. Poco después tuve que enfrentar graves enfermedades: primero una infección muy fuerte en 1909, luego la fiebre tifoidea. Fueron momentos en los que sentí la fragilidad del cuerpo, pero también la fortaleza de la gracia. Recibí la bendición del padre Miguel Rua, su primer sucesor, y eso me llenó de esperanza. Era como si el Señor me dijera: “Confía, no estás sola”.

DB: Sé que Dios te preparaba para servir en contextos muy exigentes. Cuéntame de tu ex-

perencia como enfermera en la Primera Guerra Mundial.

Sor MT: En 1915 hice un curso especial de enfermería y trabajé para la Cruz Roja. Allí cuidé a soldados heridos, mutilados, agonizantes... Escuché sus gritos, compartí sus silencios y traté de ser para ellos una presencia de consuelo. No era solo dar medicinas, era llevar una palabra de esperanza, una sonrisa en medio del dolor. Ese tiempo me enseñó que la caridad no tiene límites, y que la verdadera misión comienza cuando uno se acerca a la miseria humana con ternura.

DB: ¡Qué escuela de humanidad y de fe! Y después de esa etapa, llegó la gran misión que marcó tu vida: Ecuador. ¿Cómo viviste ese envío?

Sor MT: Con mucho temor y mucha fe. En 1922 fui enviada a las misiones de la Amazonía ecuatoriana, a servir entre los indígenas Shuar. El viaje fue largo: en tren hasta Marsella, lue-

go semanas en barco hasta Panamá y después a Guayaquil. Finalmente llegamos a la selva. El inicio no fue fácil. En mi primer encuentro con los Shuar me enfrenté a una amenaza de muerte: la hija del jefe de la tribu había sido herida en un fuego cruzado. Me dijeron que, si no la salvaba, moriría yo también. Con los pocos medios disponibles, improvisé una operación, recé mucho, y la niña sobrevivió. A partir de ese día me llamaron con cariño “Madrecita”.

DB: ¡Qué providencia de Dios! Ese gesto abrió puertas para el Evangelio. ¿Cómo fue tu vida entre ellos?

Sor MT: Mi vida se confundió con la de ese pueblo. Fui catequista, enfermera, maestra y madre. Caminaba largas horas por senderos de la selva para visitar comunidades, curaba enfermos con remedios simples, enseñaba a leer y escribir, y sobre todo compartía la fe. Nunca me sentí extranjera, porque ellos me acogieron

como parte de su familia. Yo solía decir que la selva se convirtió en mi “patria del corazón”.

En 1968 escribí una carta a mis familiares en Italia. Ellos querían que yo regresara para despedirme en mis últimos años, pero les respondí que no podía irme, que el Señor me había plantado allí, y allí debía permanecer hasta el final.

DB: Y así fue. Tu vida terminó en medio de la misión.

Sor MT: Sí, en 1969. Tenía 86 años cuando subí a un pequeño avión en Sucúa, junto con dos religiosos, rumbo a un retiro espiritual. Apenas despegamos, el avión cayó en el borde del bosque. Yo partí hacia el encuentro con el Padre, pero con la certeza de haber gastado mi vida en el lugar que Dios quiso para mí.

DB: Sor María, tu entrega silenciosa no pasó desapercibida para Dios ni para la Iglesia. Tras tu muerte comenzó el proceso de canonización.

Sor MT: Sí. El proceso se abrió en 1986 y fue largo. En 2008 el papa Benedicto XVI me declaró venerable. Después, un milagro reconocido en Ecuador permitió mi beatificación en 2012. Y ahora, en 2025, el papa León XIV ha decretado que el 19 de octubre seré canonizada. No lo considero un mérito mío, sino un signo del amor de Dios hacia el pueblo Shuar y hacia todos los misioneros que entregan su vida por el Evangelio.

DB: Es importante saber sobre el milagro, describeme con lujo de detalles

Sor MT: El 2 de febrero de 2015 a las 10:00 a.m., mientras el Sr. Juwa, del pueblo Shuar, de la comunidad de Nunkui Nunka (Ecuador), agricultor y carpintero de profesión, trabaja en la selva amazónica para afilar la cuchilla de la

máquina, se rompe un pedazo de la amoladora y un gran fragmento de piedra impacta en el lado derecho de la cabeza, provocando una profunda fractura en el cráneo con pérdida de materia encefálica. Es ayudado por su hijo y dos compañeros y, más tarde, por una enfermera asistente en el centro de salud Nunkui Nunka, quien alerta al Hospital Taisha para que envíe una ambulancia aérea. Se improvisa una camilla y, luego de vadear el río Macuma en canoa, se llega después de media hora a la pista de Yasnunka.

Juwa se encuentra en estado muy grave. Con la ambulancia aérea llega al hospital de Macas donde, luego de los primeros auxilios, lo derivan al hospital de Ambato. Aquí llega a las 17:30. Se descubrió que tenía una «lesión cerebral abierta con exposición de tejido cerebral, en Glasgow 6T de 15». El neurocirujano señala que la situación es muy grave, con serio peligro de vida. Después de la operación, Juwa es lleva-

do a cuidados intensivos. Tiene una hemiplejía izquierda y ausencia de lenguaje. El 18 de febrero fue dado de alta y trasladado a una casa alquilada en Macas. Sus cuñados, ya antes de la cirugía, me habían confiado su salud, junto con la comunidad educativa de las Hijas de María Auxiliadora en Tuutin Entza, ciudad natal de Juwa. Además, en la habitación de Macas, frente a la cama de Juwa, colocaron un gran cuadro con mi imagen y lo animaron a encomendarse a mí. También la familia reza por la recuperación. No se lleva a cabo ninguna rehabilitación.

En la noche entre finales de marzo y principios de abril de 2015, Juwa me soñó y yo le aseguraba su recuperación, prometiéndole que a la mañana siguiente hablaría y caminaría. Le pregunté dónde le duele y con un ungüento le hice un masaje en el cuello y la pierna izquierda. Le aseguré que al día siguiente volvería a cami-

nar y con un golpecito en la boca, le dije que al día siguiente hablaría y caminaría.

Le pregunté si tiene un caparazón de tortuga, porque quiero ponerlo donde falta el hueso en la cabeza (en el lado derecho del cráneo hay un área deprimida de 12 cm de diámetro y 5 cm de profundidad), pero Juwa no lo tenía.

Al despertar, Sr. Juwa inmediatamente sintió que estaba curado. Ya no le duele la pierna. Le pide a su esposa con señas que lo ayude a caminar y dice algunas palabras. Así comienza una mejora gradual.

Después del sueño, experimenta un cambio inesperado en su condición. Su cambio radical es presenciado por su familia y quienes van a visitarlo. Primero recupera el habla y luego los movimientos. El 5 de abril de 2015, con la ayuda de su cuñado, va a la Catedral de la Purísima en Macas y regresó allí solo el 6 de

julio de 2015 para participar en la Eucaristía. El médico que lo operó está asombrado, porque dice que tiene a un muerto resucitado frente a él. De hecho, lo volvió a ver en 2017 y lo encontró perfectamente curado.

DB: Esto es impresionante, Tú eres un testimonio vivo de que la santidad se construye día a día, en lo pequeño y en lo grande, en la obediencia y en la entrega.

Sor MT: La santidad no es un privilegio reservado, es una llamada para todos. En mi vida, santidad significó curar heridas, enseñar con paciencia, orar en silencio y sonreír incluso cuando el cansancio me vencía. No hice nada extraordinario: solo traté de vivir con amor lo que cada día pedía de mí.

DB: Eso mismo enseñé a mis muchachos: “La santidad consiste en estar siempre alegres y

cumplir bien con el propio deber”. Tú lo has encarnado en plenitud.

Sor MT: Sí, padre. El secreto está en abandonarse en las manos de Dios y confiar en María Auxiliadora. Ella fue mi madre en cada paso y la que abrió los corazones de los pueblos amazónicos a la fe.

DB: Sor María, tu vida es un faro para los jóvenes, para los misioneros, para los consagrados y para todos los que buscan servir. Que tu ejemplo inspire nuevas vocaciones y que tu canonización recuerde al mundo que la santidad es posible en cualquier lugar donde reine el amor.

Sor MT: Gracias, Don Bosco. Mi oración desde el cielo es que nunca falten corazones valientes que digan “sí” al Señor, que lleven el Evangelio hasta las fronteras más difíciles y que vivan con alegría, como tú nos enseñaste.

Ambos se despiden con una sonrisa. El diálogo queda resonando como una catequesis viva sobre vocación, misión y santidad. Por otro lado, en el mundo físico las comunidades de las FMA, de los salesianos, la gente del Oriente ecuatoriano y muchos feligreses del mundo se preparan con entusiasmo para la gran fiesta de santificación.



Sucesores de Don Bosco: una sola familia, un mismo fuego

Adriana García Pesántez

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

La llama de la bienvenida

En las colinas suaves de Castelnuovo d’Asti se alza la casa de I Becchi, discreta y acogedora como un abrazo de madre. Construida en piedra y madera, con techo de tejas rojizas que guardan el calor del día, respira la sencillez de la vida campesina del siglo XIX. El patio, presidido por una higuera centenaria, conserva el eco de risas y trabajos que unieron fe y esfuerzo cotidiano. Dentro, las vigas de madera oscura, la cocina

de leña y el piso de ladrillo aún desprenden el calor de los sueños juveniles de Juan Bosco. En este espacio humilde y sagrado, donde la mirada alcanzaba el cielo sin perder la tierra bajo los pies, se forjó el corazón alegre y tenaz del santo de los jóvenes. Hoy, esa misma casa abre de nuevo sus puertas para acoger a Don Bosco y a los sucesores que han regresado a la Casa del Padre, convirtiéndose en escenario de un encuentro que trasciende el tiempo. La tarde se rinde lentamente sobre las colinas de Castelnuovo, tiñendo de ámbar los campos recién segados.

La puerta de madera se abre suavemente: el eco de pasos conocidos resuena en el umbral. Es Don Bosco, con la misma sonrisa que un día ganó el corazón de muchachos callejeros.

Poco a poco, uno a uno, van llegando sus hijos y sucesores. No hay tiempo ni distancia que separen este encuentro: el aire se llena de una alegría serena, como en los primeros ora-

torios de Valdocco. La mesa familiar, cubierta con un mantel sencillo, espera el pan, el vino y la conversación que se convertirá en Aguinaldo para el nuevo año.

Don Bosco levanta los brazos como si abrazara al mundo entero.

—Hijos míos queridos, ¡qué alegría verlos! Ustedes, que en la tierra llevaron la llama del carisma a rincones tan distintos, hoy regresan a esta casa que los vio nacer en el Espíritu. Bienvenidos al hogar donde empezó todo: aquí no hay años ni distancias, solo el abrazo de María Auxiliadora y la alegría de sabernos una familia que nunca muere.

Miguel Rúa, exacto y discreto, inclina la cabeza con un leve temblor en la voz.

— Padre, volver aquí es sentir que el fuego nunca se apagó. En cada casa salesiana, en cada

misión, su presencia ha sido norma viva, aquí confirmo que la fidelidad es alegría, y que nuestra familia sigue unida en su sueño.

Don Bosco: —Miguel, mi compañero de mitades, tu exactitud y ternura han sostenido la casa, eres la prueba de que la fidelidad sencilla hace milagros. Esta mesa te reconoce como el silencio fecundo que mantiene la llama.

Paolo Albera asiente, recordando guerras y caminos polvorientos.

—Padre, en tiempos de guerra aprendí que su espíritu es refugio. Volver a esta casa es escuchar la paz que su sonrisa siempre trajo, aún en las noches más oscuras, su confianza nos sostuvo.

Don Bosco: —Paolo, padre viajero, tu valentía en la tormenta me llena de gratitud. Supiste ser faro cuando el mundo temblaba. Aquí, la higuera susurra tu fe serena.

Filippo Rinaldi sonrío, como si la bondad le brotara de los ojos.

—Padre, reencontrarlo es volver a la bondad que nos enseñó a ver a Cristo en lo cotidiano. Aquí siento que la familia crece más allá de muros, en cada laico que comparte el sueño.

Don Bosco: —Filippo, tu dulzura es música para este hogar. Abriste puertas y corazones, recordándonos que la santidad se teje en lo pequeño. Bienvenido, hijo de la bondad.

Pietro Ricaldone, de voz firme, añade:

—Padre, en estas paredes percibo la firmeza de su ejemplo. Guardé su espíritu como un tesoro para las generaciones que no lo conocieron. Volver es confirmar que la tradición es semilla de futuro.

Don Bosco: —Pietro, codificador fiel, tu amor por la verdad hizo que nuestra familia

nunca olvidara sus raíces. Esta casa se alegra de tu constancia sabia.

Renato Ziggiotti inclina la cabeza, preparándose para el encuentro fraterno.

—Padre, he caminado el mundo para decir que su casa es de todos. Hoy, al regresar, comprendo que cada viaje empezaba y terminaba aquí, en su corazón.

Don Bosco: —Renato, peregrino de la unidad, tus pasos han abrazado la tierra entera. Aquí tu cansancio se vuelve fiesta; tu alegría universal es don para esta mesa.

Luis Ricceri, tranquilo, deja caer palabras de prudencia.

—Padre, en estos tiempos, la Iglesia necesita corazones abiertos al diálogo, que acojan sin

miedo. Creo que la caridad, vivida con alegría, es el lenguaje que jamás envejece.

Don Bosco: —Luis, hombre de diálogo, tu serenidad guio a muchos en mares agitados. Esta casa agradece tu sabiduría que supo escuchar y renovar.

Egidio Viganò, con fuego misionero, afirma:

— Padre, vuelvo con la convicción de que su carisma es Evangelio vivo para cada época. Aquí todo habla de Jesús y María, y mi corazón arde con la misma pasión misionera.

Don Bosco: —Egidio, teólogo de la esperanza, tu palabra iluminó sendas nuevas, en esta casa tu fe se vuelve canto que anima a evangelizar educando.

Finalmente, Juan Vecchi, de mirada luminosa, hace escuchar su voz:

—Padre, esta reunión es un abrazo de eternidad; siento que cada joven al que acompañamos está también sentado a la mesa. Su sueño sigue creciendo en cada mirada de amor.

Don Bosco: —Juan, pastor de la esperanza, tu cercanía fue sacramento de la presencia de Dios. Esta casa celebra tu corazón que nunca dejó de latir por los jóvenes.

De esta forma, Don Bosco los recibe, respondiendo a cada intervención con una caricia en el aire, una sonrisa y un “gracias, hijo mío”, como quien se sabe padre y amigo.

El Espíritu que lo encendió continúa ardiendo en cada época: un fuego de amor por los jóvenes, de creatividad educativa y de fidelidad a Dios. Cada sucesor ha llevado esa llama a su tiempo, mostrando un rostro único del mismo carisma.

Con el corazón lleno de gratitud, Don Bosco los invita a pasar. La luz del atardecer se funde con

el primer brillo de las estrellas mientras atraviesan la estancia. Una lámpara de aceite ilumina la mesa de madera; el aroma del pan recién cortado y del vino sencillo empieza a envolver el lugar. Don Bosco se coloca en la cabecera; a su alrededor, sus sucesores toman asiento. El silencio que sigue no es de distancia, sino de familia que se reencuentra en el hogar.

Don Bosco se pone de pie y, con voz serena, pronuncia unas palabras que llenan el lugar:

—Hijos míos, ahora que estamos a la mesa, demos gracias a la Madre que siempre nos acompañó. Ella nos guio en la vida y nos ha traído de nuevo a esta casa. Oremos a María Auxiliadora para que su luz nos muestre lo que el Señor pide hoy de nuestra familia.

Todos entonan suavemente una invocación:

“María Auxiliadora, Madre y Maestra, guíanos con tu mirada de ternura. Enséñanos a recono-

cer en el mundo de hoy los signos del Espíritu y las necesidades de los jóvenes. Danos un corazón atento y valiente para seguir llevando a Cristo a cada rincón de la tierra. Amén”.

Brasas encendidas

La oración se disipa en un silencio cálido, como si María Auxiliadora cobijara a todos con su presencia. Don Bosco levanta la vista y, con una sonrisa, los invita a compartir: —Cuéntenme, queridos hijos, ¿Qué sienten al mirar este mundo al que servimos? ¿Qué voces del corazón les hablan de los tiempos de hoy?

Miguel Rúa habla primero, con la calma de quien ha aprendido a esperar. —Padre, percibo que muchos jóvenes caminan sin una brújula; la rapidez de la vida los dispersa. Me duele, pero confío: el amor fiel, vivido día a día, todavía puede ser faro para ellos.

Don Bosco: Miguel, tu fidelidad callada es una respuesta para esta época de prisa. La constancia en el amor sigue siendo un milagro que los jóvenes entienden.

Paolo Albera: (se inclina hacia él) Yo veo un mundo que parece en paz pero que guarda guerras en el corazón. Sufro por los jóvenes atrapados en violencia o soledad. Creo que la esperanza se siembra cuando uno se hace hermano en medio del ruido.

Don Bosco: Paolo, tú que supiste acompañar en la guerra, enséñanos a ser artesanos de paz. Hoy la fraternidad es el lenguaje que todos comprenden.

Filippo Rinaldi añade, casi en susurro: Padre, contemplo la sed de ternura que tienen tantos muchachos y familias. Necesitan testigos que escuchen y acompañen. La santidad de lo cotidiano puede sanar muchas heridas.

Don Bosco: —Filippo, tu bondad sencilla es medicina para este tiempo. La santidad del día a día es luz en las casas y en las calles.

Pietro Ricaldone golpea suavemente la mesa con un dedo. Hoy la confusión de ideas es grande; las palabras se desgastan. Creo que debemos dar ejemplo con obras, para que el Evangelio brille más que cualquier discurso.

Don Bosco: Pietro, tu claridad es un regalo. Los hechos, más que las palabras, seguirán mostrando que Dios es cercano.

Renato Ziggotti mira a la ventana como quien recuerda largos viajes. Padre, he visto culturas que se tocan y se mezclan. Los jóvenes sueñan sin fronteras, pero muchos carecen de raíces. Me nace decirles que el mundo entero puede ser hogar si saben que Dios es Padre.

Don Bosco: Renato, peregrino de todos los pueblos, tu experiencia nos recuerda que la fa-

milia salesiana es universal, y que en Dios todos hallan casa.

Luis Ricceri asiente. Y por eso, en estos tiempos, la Iglesia necesita corazones abiertos al diálogo, que acojan sin miedo. Creo que la caridad, vivida con alegría, es el lenguaje que jamás envejece.

Don Bosco: Luis, tu consejo es sabiduría. La caridad con alegría seguirá derribando muros y acercando corazones.

Egidio Viganò levanta la voz con entusiasmo sereno. Percibo que muchos jóvenes buscan sentido en medio de un ruido ensordecedor. Hay sed de Dios, aunque no lo nombren. Debemos ayudarles a descubrir que Jesús camina con ellos.

Don Bosco: Egidio, tu palabra enciende fe. Mostrar a Cristo vivo en cada encuentro es el mayor regalo que podemos dar.

Juan Edmundo Vecchi concluye, con una sonrisa fraterna. Padre, siento que los jóvenes anhelan ser escuchados y acompañados en su vulnerabilidad. Si los miramos con amor, ellos mismos nos enseñarán a evangelizar.

Don Bosco: Juan, tu cercanía es escuela de corazón. El amor que escucha es siempre el mejor inicio de cualquier misión.

La mesa queda envuelta en un silencio orante. Afuera, las estrellas comienzan a brillar. La noche avanza; Don Bosco toma aire, la luz de la lámpara acaricia su rostro sereno. Mira a sus hijos con ternura y, tras una breve pausa, se pone de pie y habla con voz clara y cercana:

—He escuchado con el corazón cada eco de sus palabras. En ellas percibo el latido del mundo de hoy: jóvenes que anhelan amor verdadero, que buscan sentido en medio del ruido,

que sueñan con un hogar sin fronteras y que muchas veces caminan en soledad o confusión.

Ustedes, que ya habitan la plenitud del Padre, han sembrado luces que no se apagan. Sus testimonios son semillas que germinan en quienes continúan nuestro camino. A través de sus voces, el Espíritu susurra a los hermanos que todavía peregrinan en la tierra. Por eso, este mensaje no se queda aquí: lo ofrecemos a los sucesores que hoy conducen la Congregación y a cada hijo e hija de la Familia Salesiana:

Permanezcan entre los jóvenes, escuchen antes de hablar, enseñen con obras más que con discursos, muestren con gestos que Dios ama y María acompaña.

Ustedes, que hoy guían las comunidades, sean la presencia fiel que no se cansa, la caridad alegre que abre caminos, la palabra de esperanza que da sentido. Donde los jóvenes forjan su futuro –en la familia, la escuela, la calle,

el mundo digital- lleven la luz de Cristo con creatividad y valentía.

Queridos hijos que aún caminan, reciban de estos hermanos que ya han llegado a la meta la antorcha de su experiencia. Ellos confían en ustedes, y yo también, para que cada joven pueda decir: 'Aquí encontré un hogar, aquí descubrí que Dios me ama'

Fulgor que se comparte

Don Bosco se sienta de nuevo. La mesa queda envuelta en un silencio reverente; la llama de la chimenea parece pasar de mano en mano, como una antorcha encendida para las generaciones que continúan la misión.

Afuera, el cielo estrellado se hace cómplice de la conversación. El pan circula de mano en mano, como en una familia que comparte vida y misión.

Don Bosco: Hijos, ya hemos contemplado los signos de este tiempo. Hablemos ahora de cómo ese fuego de amor por los jóvenes puede seguir encendido. Imaginemos que nuestras palabras llegaran a quienes hoy guían la Congregación y a cada educador salesiano. ¿Qué chispa dejamos en este Aguinaldo para ellos?

Rúa: Yo creo que lo primero es la constancia. Hoy todo es veloz, efímero. Un educador que se queda, que repite gestos de amor cada día, es faro. La fidelidad es más revolucionaria que mil discursos.

Albera: (asintiendo) Sí, Miguel, sin embargo, la constancia sin cercanía se vuelve rutina. Pienso en los muchachos que viven guerras interiores y a veces necesitan más un abrazo que un plan.

Rinaldi: Exacto, Paolo. La bondad abre la puerta al corazón. Un educador que escu-

cha de verdad puede sostenerlos cuando todo se derrumba.

Ricaldone: De acuerdo, pero no olvidemos que el ejemplo pesa más que las palabras dulces. Si ellos ven coherencia en nosotros, incluso en el silencio, creerán en el Evangelio.

Ziggiotti: ¡Eso! Y la coherencia debe ser universal. Hoy los jóvenes se mueven por el mundo; el oratorio no puede tener fronteras. Debemos abrazar culturas distintas sin perder identidad.

Ricceri: Renato, y para lograrlo necesitamos diálogo. No basta ir a otros pueblos; hay que escuchar sus preguntas, su lengua, su música. El Espíritu habla también allí.

Viganò: Y en ese diálogo formemos a los propios jóvenes como protagonistas. No solo espectadores de nuestra misión: que ellos evan-

gelicen a otros jóvenes. La Iglesia los necesita en primera línea.

Vecchi: (mirando a todos) Pero para que sean protagonistas tenemos que estar presentes. No se acompaña desde la distancia. A veces basta un ‘estoy aquí’ para que confíen.

Don Bosco: Qué alegría escucharlos. Hoy confirmo que la fidelidad, la cercanía, el ejemplo, la universalidad, el diálogo, la formación y la presencia arden juntos como las brasas de un mismo fuego que nos une en una sola familia.

Este es el mensaje que entregamos a quienes hoy guían la Congregación y a toda la Familia Salesiana: “Permanezcan entre los jóvenes con alegría y valentía; sean testigos vivos del amor de Dios; formen protagonistas de esperanza y construyan paz sin fronteras”.

Que esta llama común, encendida aquí en I Becchi, siga pasando de corazón en corazón como el Aguinaldo de “Una sola familia, un mismo fuego”, para que la misión de Don Bosco nunca se apague.

Un silencio lleno de gratitud recorre la sala mientras las palabras de Don Bosco quedan suspendidas en el aire, como brasas que iluminan cada rostro. Los sucesores se miran entre sí: algunos inclinan la cabeza con respeto, otros entrelazan las manos como quien recibe una misión; todos sienten que algo sagrado se ha sellado en ese instante. No es solo un acuerdo: es una promesa que los une más allá del tiempo.

Afuera, las estrellas parecen acercarse a la ventana, curiosas, como si quisieran unirse al fuego de una conversación que no se extinguirá jamás. La chimenea chisporrotea y el murmullo vuelve poco a poco, primero en susurros, luego en risas suaves. Las voces se enlazan de nuevo, retomando anécdotas, recuerdos, sueños. Nadie piensa en despedirse: la mesa de I Becchi se convierte en un hogar eterno, donde la alegría de la misión sigue fluyendo como un río que no conoce final.

Referencia

Agenzia Info Salesiana. <https://bit.ly/4pyugAZ>





Don Bosco dialoga con Jim Rohn sobre el significado perfecto de la fe

Santiago Vintimilla Pesántez

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

Un día, Don Bosco decidió viajar hacia Estados Unidos, país al que siempre había querido ir y que, por causas fuera de su control, no había conseguido visitar antes. Al llegar a Manhattan, escuchaba constantemente a una multitud que hablaba eufórica y expectante, reunida afuera de un centro juvenil. Allí se encontraban jóvenes inmigrantes y otros en riesgo de exclusión social. Lleno de curiosidad e intriga por la expectativa del momento, Don Bosco se acercó al lugar. De inmediato, uno de los chicos que había guiado años atrás lo reconoció. Emocionado y lleno de gratitud, el joven le dio un gran abrazo y lo invitó a pasar, insistiendo en no adelantarle quién era la perso-

na que se encontraba en el centro juvenil impartiendo una conferencia acerca de fe y disciplina. Cuando Don Bosco entró a la sala de reuniones, se encontró con un hombre de unos 40 años, que utilizaba una pizarra y una tiza para explicar conceptos que mantenían cada vez más fascinados a los muchachos. Al notar la presencia de Don Bosco, el conferencista detuvo su explicación y, con gran humildad, se presentó.

Así inicia el diálogo entre Don Bosco y el empresario motivador de varias generaciones, Jim Rohn.

Jim Rohn: Estimado Don Bosco, es un gusto conocerlo y poder conversar con usted. Aprecio mucho encontrarme en estas circunstancias y, sobre todo, tener la oportunidad de compartir sus experiencias y consejos, no solo para mí, sino también para los jóvenes que están aquí presentes.

Don Bosco: Querido Jim, para mí es un verdadero placer conocerlo. Estaré encantado

de dialogar con usted y con los muchachos. He escuchado de sus buenos consejos y de la motivación que transmite a quienes lo escuchan.

JR: Créame, yo simplemente sigo enseñanzas que considero valiosas y las transmito a todos con quienes tengo contacto. Una parte fundamental de lo que comparto es procurar siempre la salud mental, física y, sobre todo, espiritual. He sido un fiel creyente en la fe en Dios y en el amor que debemos tener por nosotros mismos, tanto en lo físico como en lo mental. Aunque pueda sonar inusual, insisto siempre en que uno de los libros principales que la gente debe leer es La Sagrada Biblia, porque allí encontramos enseñanzas esenciales para la vida.

DB: Debo admitir que ese concepto no es comúnmente enseñado, y rara vez encuentro a alguien que motive a leer la Biblia. Le confieso que me ha sorprendido de buena manera.

JR: Querido Don Bosco, la comunidad joven, estos muchachos con los que comparto hoy, son el futuro de nuestra civilización. En mi vida he atravesado penurias y experiencias dolorosas que me han enseñado de qué se trata realmente la vida. Por eso siempre aconsejo a los chicos que aprendan a cuidarse a sí mismos y a mantener un aprendizaje constante. A eso yo lo llamo disciplina constante.

DB: Ese concepto me resulta muy interesante, ¿le gustaría explicarlo con mayor detalle?

JR: Con mucho gusto. Cuando una persona decide realizar una actividad que le permite desarrollarse, ya sea en lo intelectual, en lo físico, en lo económico o en lo espiritual, eso es disciplina. Cuando esa misma persona es persistente y nunca falta a esa actividad que le traerá abundancia a su vida, eso es constancia. Y cuando combinamos esas dos virtudes, obtenemos lo que llamo disciplina constante.

En ese momento, los jóvenes quedaron impresionados. Comprendieron que la vida no se trata solo de ganar dinero o de conseguir un buen trabajo, sino también de alimentar la mente y el cuerpo, manteniendo la fe y la certeza que, con disciplina constante, todo es posible.

DB: Su concepto es realmente valioso, novedoso y enfocado en la importancia del trabajo duro, la responsabilidad y la formación espiritual sostenida en la oración. Considero que sus enseñanzas son fundamentales para fortalecer un espíritu de trabajo, clave para el crecimiento y el desarrollo personal. Además, estoy convencido de que su fe en estos muchachos y las lecciones que les brinda serán, sin duda, la mejor inversión para su futuro.

JR: Le agradezco sinceramente ese reconocimiento. A la vez, quiero expresarle mi admiración por su esfuerzo en inculcar en cada joven el valor del trabajo honesto. Estoy convencido

de que la verdadera felicidad radica en mantener la iniciativa de ayuda al prójimo y en vivir con honestidad. Con ello se puede llegar muy lejos y, espiritualmente, se abren puertas que nos permiten servir a los demás. Son lecciones que nuestro Señor Jesucristo nos dejó como guía de vida.

DB: Siempre he considerado la vida como una oportunidad para compartir amor con el prójimo. Esa es la vía que conduce al ser humano a encontrar un sentido de realización y a despertar el propósito de su existencia: la cercanía con las personas y la búsqueda de su bienestar junto con el nuestro. A lo largo del tiempo, muchos han procurado transmitir este mensaje y lo han logrado de formas diversas: algunos lo hacen a través de la música, otros mediante el arte, otros en conferencias, y algunos más a través del ejemplo cotidiano. Todos, sin embargo, comparten un liderazgo que inspira y que guarda un carácter paternal a la vez.

JR: Sus palabras son muy inspiradoras, y créame cuando le digo que ese concepto lo manifiesto incentivando a cada persona a desarrollar sus talentos, de modo que pueda ayudar a los demás y multiplicar las oportunidades que la vida ofrece. Además, existe otro principio que siempre abre los ojos de quienes me escuchan y cambia su visión de la vida: la ley de causa–efecto. Todo lo que sembremos en esta vida, en función de nuestros hábitos, se nos retribuirá con éxito.

DB: A lo que menciona, querido Jim, yo lo llamo sembrar valores y fe en los muchachos, para de esa manera alcanzar una paz espiritual y ayudar al prójimo a la vez. Eso nos mantiene siendo buenos cristianos y ciudadanos. Se trata de fomentar un buen comportamiento para lograr transformar la vida de aquellos quienes nos rodean y poder dejarles una huella de felicidad. Hay una frase de Lucas 16,10 que me gusta, y que me recuerda a su frase de la disciplina

constante cuando uno inicia el proceso y no ve resultados: “El que es fiel en lo poco, también en lo mucho lo es”.

JR: Me encanta su pasaje, querido Don Bosco. Tanto es así que me recordó la parábola de los talentos de Mateo 25 y el pasaje de Gálatas 6,7 sobre la siembra y la cosecha. Creo firmemente que la vida también se trata de dejar un legado: principios que ayuden a otros a ser mejores cada día, que inspiren a ayudar al prójimo sin envidia del éxito ajeno, y que conduzcan a obtener lo que se desea con fe en uno mismo y en las enseñanzas de la Sagrada Biblia. Diría que la mayor riqueza es aquello que logramos transmitir y que puede cambiar la vida de los demás para bien. El mejor sentimiento que uno puede tener es transformar la vida de quien lo necesita.

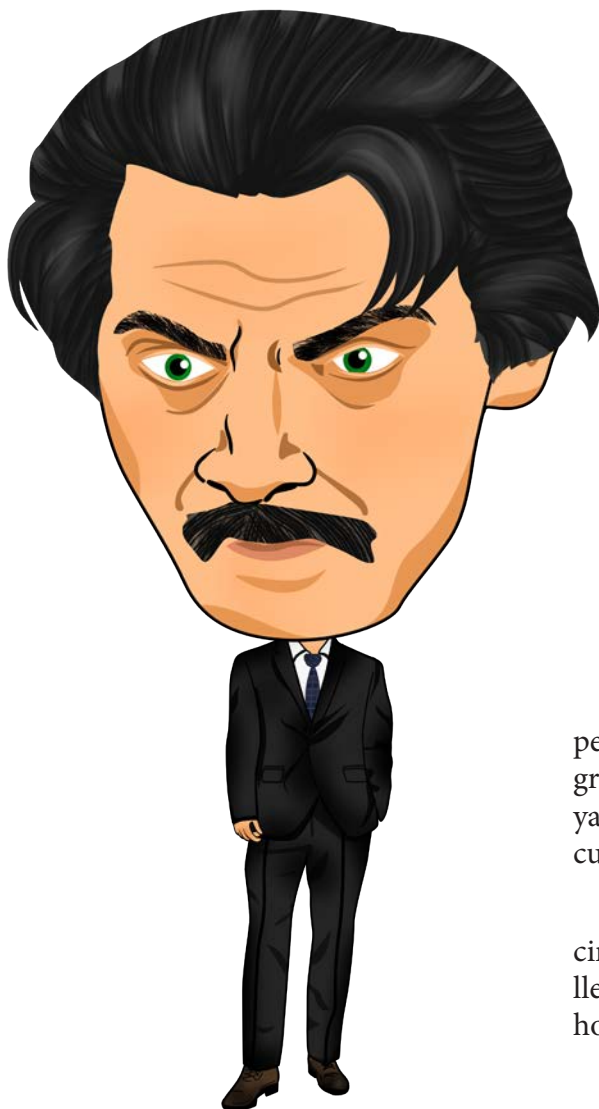
DB: “El que siembra con generosidad, generosamente cosechará” (2 Cor 9,6). Todos estos conceptos son tan importantes y necesarios

para nuestra vida. Me alegra saber que, con sus palabras, está logrando un cambio continuo en estos muchachos, porque estoy seguro de que ha dejado en cada uno de ellos una semilla de fe y disciplina, que generará transformación en su vida y en la de los demás.

Luego de aquellas palabras, Don Bosco se despidió respetuosamente, agradeciendo el cálido recibimiento y comprometiéndose a regresar en unos años para visitarlos de nuevo. Jim Rohn, por su parte, lo invitó cordialmente a un seminario que presentaría esa misma noche, ofreciéndole transporte desde su hospedaje hasta el lugar del evento. Don Bosco, sin embargo, expresó su deseo de visitar otros centros juveniles y evaluar cómo podía apoyarlos, decisión que Jim respetó y aceptó gustoso, reconociendo su labor salesiana en favor de la comunidad. Antes de despedirse, Jim dispuso que un colaborador de confianza ayudara a Don Bosco a trasladarse por la ciudad para que pudiera visitar la mayor cantidad de centros posibles. Don Bosco aceptó con gratitud aquel

gesto. Finalmente, ambos se fundieron en un abrazo afectuoso y respetuoso, quedando en que, en un futuro cercano, se reencontrarían para continuar con la misión compartida y para que Don Bosco asistiera al seminario del año siguiente de Jim. Al salir del centro,

y antes de subir al transporte que Jim había dispuesto, Don Bosco contempló un atardecer tan cautivador y sereno que llenó su corazón de paz. En ese instante sintió más calidez en su alma y una profunda presencia de Dios en su interior.



El arte que educa: Don Bosco y Augusto San Miguel

Christian Gabriel Arpi

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

Corría el verano de 1923 cuando un joven visionario empezó a incursionar en la producción de la primera cinematografía ecuatoriana. Su nombre era Augusto San Miguel, un guayaquileño de origen aristocrático que buscaba transformar la cultura contando historias a través de imágenes en movimiento.

Decidido a aprender todo lo posible sobre el arte del cine, en uno de sus numerosos viajes a Europa, San Miguel llegó al Piamonte, donde los Alpes se dibujan majestuosos al horizonte, concretamente a la ciudad de Turín.

Al arribar, el aire olía a pan recién horneado, mientras los jóvenes jugaban con pelotas de trapo y otros ensayaban obras de teatro improvisadas. Tras una intensa jornada descubriendo el cine italiano, Augusto descansaba con su cámara a la sombra de un frondoso sauce en el Parco del Valentino. Entre sueños, percibió que alguien se acercaba y, de repente, un hombre de apariencia afable le dijo: Don Bosco: Bienvenido, hijo. Tus ropas y tu máquina me hablan de tiempos futuros, o más bien modernos. Pero tus ojos... esos son los de un soñador. ¿Qué buscas en estos lares?

San Miguel: Señor, busco dar esperanza a través del arte. Vengo de un país lejano, Ecuador, y allí descubrí que el cine, estas imágenes que se mueven en la pantalla, pueden encender la imaginación de los muchachos igual que sus teatros y canciones.

DB: (curioso) ¿Imágenes que se mueven? ¡Qué maravilla! Yo siempre he amado el teatro, la música, la comedia... porque un corazón alegre aprende mejor. Cuéntame, ¿qué sienten los jóvenes cuando ven ese arte tuyo?

San Miguel: Se asombran. Sus rostros se iluminan. Algunos ríen, otros se estremecen, unos cuantos lloran. Mediante el cine trato de mostrar que su vida puede ser parte de una historia más grande. Que no están solos, que sus luchas son también las de otros.

DB: Interesante lo que dices. Que los jóvenes descubran que la vida es un escenario en el que ellos tienen un papel me parece fundamental. El arte podría mostrarles que pueden ser protagonistas de su destino y no simples espectadores.

San Miguel: Exactamente, señor. Peso a mi juventud, he podido notar que el cine tiene un poder especial: llega incluso a quienes no saben

leer ni escribir. En Guayaquil filmé historias donde los pobres y los indígenas podían verse en la pantalla, reconocerse y sentirse dignos.

DB: Yo siempre creí que las artes eran caminos hacia el alma. Pero dime, ¿no temes que los jóvenes se pierdan en imágenes vacías, en espectáculos que solo los distraigan de lo que deberían ser sus prioridades?

San Miguel: Dependiendo de quien lo crea, el cine puede elevar o puede hundir. Por eso yo intento que mis películas hablen de justicia, de amistad, de la grandeza escondida en lo pequeño, en lo sencillo.

DB: Me recuerda una de mis charlas en el oratorio: “Que el teatro sea escuela de virtud, no de vanidad”. Por eso es importante llevar el teatro a las calles y a los patios, que nadie se quede sin disfrutar de una buena función de teatro.

San Miguel: Exactamente. Sueño con proyectar cine en plazas y escuelas, para que ningún joven quede excluido. Que lo vean bajo las estrellas, que lo disfruten junto a sus seres queridos y que incluso produzcan su propio arte

DB: (entusiasmado) ¡Ah, hijo mío! Imagino un patio lleno, con un lienzo blanco al fondo, y muchachos que ríen y aprenden a la vez. Sería un sermón sin palabras, una escena para guardar.

San Miguel: Padre, yo pienso que la ciencia puede enseñar a construir máquinas, pero es el arte el que enseña a soñar. Y un joven sin sueños es un joven perdido.

DB: (con firmeza) ¡Amén! Yo he visto cómo la música cambia un corazón endurecido más rápido que un sermón. Tú me hablas del arte del cine, pero el principio es el mismo: conquistar con belleza para transformar con amor.

San Miguel: Entonces, ¿cómo llegar a más jóvenes?

DB: Con creatividad y entrega. Que las historias los transporten, que los muchachos se vean reflejados y comprendan que su vida tiene valor. La belleza atrae a los jóvenes y les enseña lo que las palabras no pueden transmitir.

San Miguel: Entonces seguiremos, con la misma misión: encender luces en el alma de los jóvenes.

DB: Así es, hijo. El arte es semilla. Y donde hay semilla, hay vida.

Un fuerte viento despertó a Augusto San Miguel. Para su sorpresa, conservaba vívidos todos los detalles de aquel hombre que había fortalecido su visión del arte. Sonrió, tomó su cámara y se puso en camino, listo para seguir escribiendo su propia historia.



Carl Sagan y Don Bosco. Polvo de estrellas y almas inmortales

*Fernando Moscoso Merchán
Adriana García Pesántez*

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

En el extenso archivo de notas y manuscritos de Carl Sagan, recientemente se ha descubierto un documento inédito que ofrece una visión profunda de sus pensamientos sobre la relación entre ciencia y espiritualidad. Este manuscrito, que se pensaba perdido, presenta un diálogo especulativo entre Sagan y Don Bosco, explorando la intersección entre ciencia y espiritualidad.

Manuscrito de Sagan: “En la inmensidad del universo, donde las estrellas nacen y mueren en ciclos que desafían

nuestra comprensión, surge una pregunta fundamental: ¿qué significa ser humano? ¿Cómo se entrelazan nuestras almas con el polvo de estrellas del que estamos hechos?”

Encuentro

La noche es profunda... en mi escritorio, varias obras de Don Bosco están apiladas junto a mis notas sobre astronomía. Paso la mano sobre la portada de «Memorias del Oratorio» y me detengo en una cita subrayada: “Camina con los pies en la tierra, pero con el corazón en el cielo”, me pregunto qué podría decirme él sobre la educación, la fe y nuestra posición en el *Cosmos*.

He pasado horas revisando su biografía, tratando de comprender su legado, su método educativo basado en la razón, la religión y el amor. En cierto modo, su dedicación a los jóvenes me recuerda mi propio deseo de inspirar a

las nuevas generaciones con el asombro del universo... Me inclino sobre el escritorio, repasando otra nota que escribí al margen: “¿Se puede enseñar sin despertar la curiosidad?”

Mientras sigo repasando sus escritos, una idea se forma en mi mente con una claridad inusual, casi como si estuviera siendo pronunciada en voz alta. No es un eco de mi propia voz, sino una entonación distinta, serena, con el peso de la experiencia. Sin apartar la vista de los libros, siento que, de alguna manera, Don Bosco está aquí, no como una aparición, sino como un pensamiento que ha tomado forma en mi imaginación, desafiándome a continuar con esta conversación interna.

Diálogo

Don Bosco: (sonríe) Profesor Sagan, ¿realmente me ha estado buscando, o acaso esta conversación era inevitable?

Carl Sagan: (paralizado, luego recuperando la compostura) Bien... esto es inusual. No esperaba que mis pensamientos tomaran una forma tan definida.

DB: (ríe suavemente) No soy más que una proyección de su pensamiento, una manifestación de su necesidad de explorar las preguntas que lo inquietan.

CS: Curioso... *mi mente recreando un debate con un sacerdote del siglo XIX.* Supongo que, ya que ha tomado forma, hay cuestiones que siempre he querido plantear. Usted dedicó su vida a la educación de los jóvenes, pero su método se basaba en la fe. ¿Cómo esperaba que un niño aprendiera si lo primero que se le enseñaba no era a cuestionar, sino a creer?

DB: (inclina la cabeza levemente) ¿Y acaso la curiosidad no es también una forma de fe? Se debe creer en la posibilidad de aprender para

que el conocimiento tenga sentido. Los jóvenes necesitan guía, pero también inspiración.

CS: La fe da respuestas antes de hacer preguntas, en cambio, la ciencia hace preguntas antes de aceptar respuestas.

DB: Pero la ciencia no da respuestas sobre el “por qué”.

CS: Porque quizá no haya un “por qué”, quizá solo haya un “cómo”.

DB: ¿No es también la ciencia, en su esencia, un acto de fe en lo desconocido? La diferencia radica en que mi fe apunta a una verdad eterna, mientras que su ciencia está en constante cambio, pero en el fondo, ambas buscan iluminar la oscuridad de la ignorancia.

CS: (asiente levemente, luego señala el libro frente a él) En sus memorias, habla de sueños en los que veía el destino de sus estudiantes. ¿Diría

usted que eran visiones proféticas o simplemente la manifestación de un deseo profundo?

DB: (sonríe con suavidad) Los sueños son el lenguaje del alma, profesor Sagan. Tal vez eran advertencias, o tal vez solo reflejos de mi preocupación por los jóvenes. Lo importante no es cómo llegaron a mí, sino lo que hice con ellos.

CS: Eso suena casi científico. No importa el origen de una hipótesis, sino cómo se prueba y qué impacto tiene en nuestra comprensión del mundo.

(Silencio. Sagan se inclina ligeramente hacia adelante, como si intentara medir la lógica de lo que acaba de escuchar. Don Bosco espera, con la paciencia de alguien que ha tenido esta conversación cientos de veces en el pensamiento de otros mientras tanto el escenario cambia de pronto, y se ven flotando entre galaxias desconocidas).

DB: (mirando alrededor, desconcertado) ¿Dónde estamos? Esta no es la Turín que conozco ni tampoco el paraíso del que he predicado.

CS: (observando con fascinación el firmamento) Increíble. Siempre imaginé el universo como un escenario infinito, pero esto... esto es casi demasiado hermoso para ser cierto.

DB: (sonríe) El cielo siempre ha sido una fuente de asombro. Para mí, es la firma de Dios en la Creación, para usted, es un accidente cósmico con reglas matemáticas.

CS: (ríe suavemente) Bueno, no lo llamaría “accidente”. Todo sigue patrones físicos predecibles, desde la expansión del universo hasta los átomos en nuestras manos.

DB: ¿Y todo puede explicarse con ecuaciones? ¿Incluso el amor? ¿Incluso la compasión?

CS: No, pero eso no prueba que sean sobrenaturales. Solo significa que aún no hemos descifrado su origen.

DB: Usted estudia las galaxias y ve ecuaciones. Yo las miro y veo la firma del Creador, pero ambos estamos de acuerdo en algo: el universo es demasiado magnífico para no maravillarse ante él.

Sagan exhala suavemente, como si llegara a una conclusión lógica.

DB: (señalando una pequeña luz en la distancia) Carl, ¿Qué es aquello que apenas se divisa?

CS: (observa con atención, su voz casi un susurro) Es nuestra Tierra... un “pálido punto azul” flotando en la inmensidad del Cosmos. Frágil, solitaria... y, sin embargo, extraordinariamente hermosa.

DB: Un recordatorio de la maravilla de la creación.

CS: Y también de su vulnerabilidad. Desde aquí, nuestras disputas y diferencias parecen insignificantes, reducidas a un solo punto de luz en la vastedad del universo.

DB: Tal vez sea un llamado a la humildad.

CS: O una advertencia, es la única casa que hemos conocido, depende de nuestra capacidad de cuidarla... y de cuidarnos unos a otros.

DB: En eso, profesor Sagan, estamos de acuerdo. Pero permítame una pregunta, profesor Sagan. Si el conocimiento es el faro que ilumina la ignorancia, ¿qué lo motiva a seguir explorando? ¿Es solo la razón o hay algo más profundo?

CS: (piensa por un momento, luego responde con tono reflexivo) La razón nos da herra-

mientas, pero el impulso de explorar es más que eso. Es una necesidad humana, tal vez sea una herencia de nuestros ancestros que miraban las estrellas buscando significado o tal vez sea simplemente la maravilla de descubrir lo desconocido.

DB: Entonces, en el fondo, lo que mueve su ciencia es un anhelo por lo trascendental, llámémoslo asombro, curiosidad, incluso fe en que hay más por descubrir.

CS: (suspira, mirando las páginas del libro) No sé si lo llamaría fe, pero sin duda, es lo que nos mantiene explorando. Lo que nos hace humanos.

DB: (con serenidad y en tono dulce) Profesor Sagan, usted habla de la razón como herramienta y del asombro como motor. Pero detrás de todo está el ser humano, con su dignidad irrenunciable. Yo siempre creí que la educación debía cultivar la mente, el corazón y el espíritu, para que cada joven alcanzara su plenitud.

CS: (en tono reflexivo) Estoy de acuerdo. Aunque desde mi perspectiva no exista un propósito divino, sigo viendo en cada persona algo extraordinario: la capacidad de comprender el universo. Somos seres diminutos en escala cósmica, pero con un don único: pensar sobre nuestro lugar en la inmensidad. Esa sola capacidad ya es, en sí misma, dignidad.

DB: Entonces coincidimos en que el conocimiento no es solo datos, sino camino hacia la realización plena del ser humano.

Silencio. El escenario se difumina en un vasto cielo estrellado. Ambos parecen flotar entre constelaciones.

CS: Muchas veces me he preguntado si el universo, tan vasto, no es también un reflejo de nuestra soledad. En *Contact* imaginé que el amor es lo que hace soportable ese vacío.

DB: (con una sonrisa cálida) Yo siempre enseñé que la razón y la fe necesitaban estar acompañadas por el amor. Sin afecto, la educación se vuelve rígida; sin comunidad, el conocimiento se vuelve árido.

CS: En eso nos acercamos más de lo que parece. Usted habla de comunidad; yo de conexión humana. Diferentes palabras, pero el mismo anhelo: que nadie enfrente la fragilidad de la vida en soledad.

DB: Exacto. La juventud, sobre todo, necesita saberse acompañada. Educar es también compartir esperanza.

Nuevamente se quedan en silencio contemplando la belleza del cosmos

CS: Usted ya lo vio antes, Don Bosco: ese punto azul suspendido en la oscuridad. En él está todo lo que amamos, nuestra única casa.

Por eso insisto tantas veces: debemos cuidarlo; no tenemos otro hogar.

DB: Yo enseñaba a los jóvenes a vivir en armonía con su entorno, a trabajar con responsabilidad. Quizás no mirábamos la Tierra desde las estrellas, pero comprendíamos que el descuido y el egoísmo la destruyen.

CS: La ciencia nos advierte de los peligros: destrucción ambiental, cambio climático, agotamiento de recursos. La fe, por su parte, puede recordarnos la dimensión ética de ese cuidado.

DB: Entonces, el trabajo, la ciencia y la espiritualidad se convierten en custodios de la misma casa común.

Sagan asiente con la cabeza, mientras fija su mirada en ese lejano punto azul.

DB: Siempre soñé con jóvenes empoderados, capaces de cambiar la sociedad a través de

la educación, la fraternidad y el servicio. Para mí, el futuro se construye desde la formación de cada generación.

CS: Y yo confiaba en la ciencia y en la imaginación. La curiosidad humana puede abrir caminos que aún no imaginamos: nuevas tecnologías, nuevas formas de convivencia, incluso viajes más allá de nuestro mundo.

DB: Lo importante es que ese futuro se construya con valores. Sin virtudes, el conocimiento puede volverse amenaza.

CS: Coincido. Ciencia sin ética es peligrosa; fe sin pensamiento crítico, ciega. Pero cuando se integran —curiosidad, compasión, responsabilidad— surge un futuro más libre y más humano.

DB: (con firmeza serena) Entonces, profesor Sagan, podemos enseñar a los jóvenes a so-

ñar y a trabajar, a cuestionar y a cuidar, a creer y a investigar.

CS: (con una leve sonrisa) Sí. Y mientras existan preguntas, siempre habrá un mañana por construir. Tal vez ese sea nuestro verdadero legado: haber mostrado que la dignidad, el amor, la responsabilidad y la esperanza son tan necesarias como el conocimiento mismo.

La conversación se difumina en la mente de Sagan, pero la idea permanece. La búsqueda del conocimiento, la educación, la curiosidad... quizás, después de todo, estos no sean caminos opuestos, sino sendas paralelas que buscan lo mismo: sentido en la inmensidad del Cosmos.

Finalmente, Carl Sagan cerraría sus apuntes describiendo a los personajes:

Don Bosco, nacido como Giovanni Melchiorre Bosco en 1815, fue un sacerdote y educa-

dor italiano del siglo XIX. Conocido por su dedicación a la juventud desfavorecida, fundó la Congregación Salesiana para proporcionar educación y apoyo a los jóvenes en situación de vulnerabilidad. Su enfoque pedagógico se basaba en la razón, la religión y la amabilidad, buscando formar a los jóvenes no solo en conocimientos académicos, sino también en valores humanos y espirituales. Aunque nuestras perspectivas sobre el universo difieren, reconozco en Don Bosco a un individuo comprometido con el bienestar y desarrollo de la juventud, utilizando la fe como guía en su labor educativa.

Y en mi caso... “Soy un científico y divulgador, un explorador del cosmos. Mi vida ha estado dedicada a desentrañar sus misterios y compartirlos con la humanidad. Más que respuestas, busco preguntas que nos acerquen a comprender nuestro lugar en este vasto entramado de estrellas”.

Reflexión final

Para concluir, nos gustaría compartir dos reflexiones de Carl Sagan que destacan su profunda apreciación por los libros y la imaginación:

¡Qué cosa impresionante es un libro! Es un objeto plano, hecho de un árbol... con partes flexibles, en las que se imprimen muchos garabatos hermosos. Pero, si le echamos una mirada, nos encontramos dentro de la mente de otra persona. Quizá alguien muerto hace miles de años. A través de los milenios un autor hablando clara y silenciosamente dentro de tu cabeza, directamente a ti. La escritura es quizá la mejor invención humana. Une a personas que nunca se conocieron ciudadanos de épocas diferentes. Los libros rompen la barrera del tiempo. Un libro es prueba de que los humanos son capaces de hacer magia.

La imaginación frecuentemente nos llevará a mundos que jamás fueron. Pero sin ella, no iremos a ningún lado. (Carl Sagan 1934-1996)

Este diálogo, que ahora forma parte de un libro, nos recuerda que la imaginación es una herramienta poderosa que nos impulsa a explorar lo desconocido y a expandir los límites de nuestro entendimiento.



Papa Francisco y Don Bosco. Negro y blanco en un amanecer

*Adriana Beatriz García Pesántez
Jessica Alexandra Zúñiga García*

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

La campana del oratorio apenas había dado la primera llamada. El alba teñía de rosa los tejados de Valdocco y Don Bosco repasaba la lista de tareas: visitar a los aprendices, revisar los talleres, preparar una breve meditación para los muchachos.

Su sotana negra, sencilla y gastada por tantos abrazos y jornadas incansables, se mecía levemente con la brisa temprana, como si también despertara con el día. Todo era cotidiano... hasta que un resplandor distinto rozó el patio.

—‘Extraño amanecer’—pensó— *parece que el cielo se ha quedado un instante sin respirar.*

Un destello se filtró entre las nubes, no como sol, sino como una luz cálida que avanzaba con suavidad. Don Bosco entrecerró los ojos. La claridad se fue delineando hasta mostrar una figura que caminaba despacio, casi danzando con el aire.

Don Bosco: (para sí) Señor, ¿a quién me envías en esta mañana de abril?

La luz tomó forma humana: un anciano de rostro sereno, mirada profunda, paso humilde. Su hábito blanco, leve como brisa de madrugada, reflejaba la luz y traía el aroma de Buenos Aires y el silencio de Roma.

DB: (con una sonrisa que mezcla sorpresa y ternura) ¡Ah, Bergoglio...! Siento en tu presencia

algo familiar. La sangre del Piamonte no miente: el mismo aire de mis colinas te acompaña.

Papa Francisco: (estrechándole las manos con afecto) Sí, Padre Bosco. La sangre nos llama. Mis padres trajeron desde el Piamonte la fe sencilla, el amor a María Auxiliadora, la alegría del trabajo bien hecho. En mí también corre ese viento de tu tierra.

DB: (asintiendo, emocionado) Entonces, no solo somos hermanos en la fe, sino hijos de la misma tierra que Dios bendijo con sueños y coraje.

Papa Francisco: Ahora camino hacia la casa del Padre... y he deseado encontrarte. En mi corazón resonaban las palabras de san Francisco de Asís: feliz quien ama al hermano, esté cerca o lejos. Quería saludarte porque tu vida muestra que ese amor sin fronteras es posible, aun cuando los siglos nos separan.

Don Bosco sintió un estremecimiento de gozo. El eco de los siglos se desató en su interior.

DB: He oído, que tu voz habló de fraternidad para todos los pueblos. Dime, hermano, ¿qué arde en tu corazón en este amanecer?

La luz del visitante se hizo más intensa, pero no cegaba; envolvía.

Papa Francisco: El sueño de una humanidad unida, donde podamos llamarnos ‘todos hermanos’, una Iglesia sencilla que abraza a los pobres, y un mundo que derribe muros y cuide la tierra que compartimos.

Don Bosco sonrió, reconocía aquel anhelo como si fuera propio.

DB: Eso mismo buscaba cuando recogía a los muchachos de Turín: que nadie quedara fuera, que todos respiraran el amor de Dios. La fraternidad no tiene límite; es el idioma de Cristo.

Francisco asintió, y la luz que lo envolvía pareció mezclarse con el aire tibio de la mañana ya despierta.

Papa Francisco: En estos últimos años, la humanidad pasó por una noche de miedo: la pandemia del COVID-19. Las calles quedaron vacías, las familias separadas. La enfermedad nos recordó que somos frágiles, que nadie se salva solo.

Sus palabras resonaron en el corazón de Don Bosco como campanas lejanas.

DB: Recuerdo los tiempos del cólera en Turín. También entonces vi el dolor y la incertidumbre. Los muchachos y yo salimos a las calles para cuidar a los enfermos y sepultar a los muertos. Comprendí que la caridad es el mejor antídoto contra el miedo.

Papa Francisco: Así también, médicos, vecinos, jóvenes anónimos dieron su vida por otros. En medio del encierro, descubrimos que la verdadera vacuna era la solidaridad; y, sin embargo, muchos cerraron fronteras del corazón.

DB: El sufrimiento revela lo que somos. Cuando se ama, no hay encierro que detenga la esperanza.

La brisa se llenó de un silencio denso, como si el mundo entero escuchara.

Papa Francisco: La pandemia también nos mostró que la tierra y la humanidad están unidas. Si herimos la creación, herimos a los pobres. En *Laudato si'* hablé de esa ecología integral que necesitamos.

DB: En mi tiempo no usábamos esas palabras, pero sabía que quien ama a los jóvenes ama el futuro, y el futuro está en esta tierra.

Cada taller, cada huerto, era un pequeño pacto con la creación.

La luz seguía envolviendo el patio cuando Francisco se detuvo un momento, con una sombra de tristeza en la voz.

Papa Francisco: En estos tiempos he visto cómo el mundo descarta a los ancianos, como si su vida ya no tuviera valor. Durante la pandemia muchos fueron dejados solos, privados de la ternura de los suyos. Eso hierde el corazón de Dios.

Don Bosco sintió un estremecimiento, recordando los días en que cuidaba a los mayores de su oratorio.

DB: En mi casa, los abuelos eran tesoro y consejo. Decía siempre a los muchachos: *quien no honra a los mayores, se olvida de sus raíces*. Ellos guardan la memoria de la fe y la fuerza de la esperanza.

Papa Francisco: Así es. Sin los ancianos, los jóvenes pierden el contacto con la sabiduría que no se aprende en los libros. El descarte de quienes ya no “producen” es una herida para toda la familia humana.

DB: Que nuestros jóvenes aprendan a escucharlos. Cada anciano es una biblioteca viva, un corazón que late todavía para Dios.

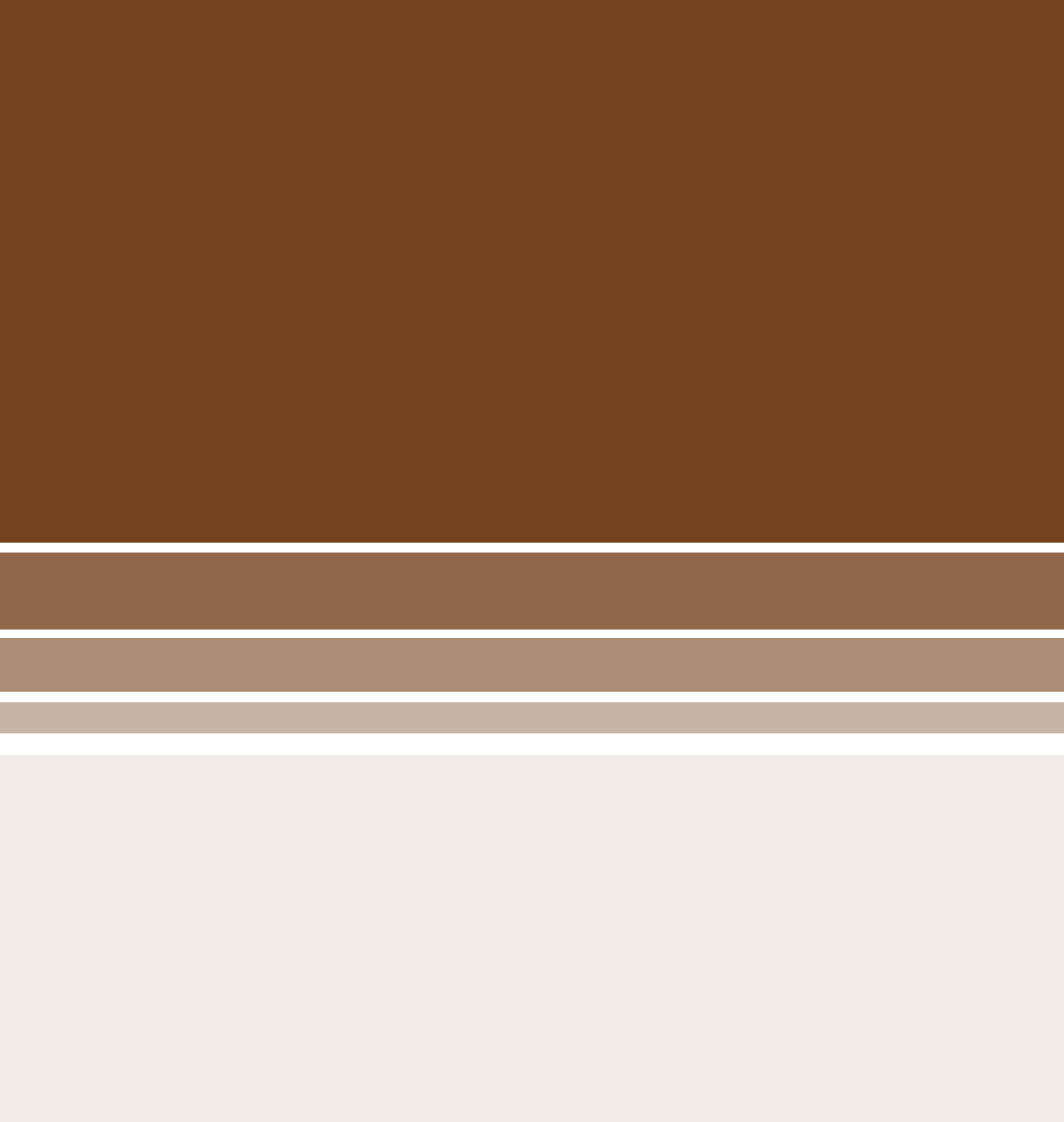
El silencio, denso y vivo, guardaba la oración de generaciones de abuelos.

El sol comenzó a elevarse, y la figura de Francisco empezó a tornarse más transparente.

Papa Francisco: Debo seguir, hermano. *Recen por mí*, como solía pedir. Que el Señor nos conceda soñar juntos la fraternidad que no se apaga.

DB: (en un susurro) Gracias, Santo Padre. Que tu voz siga resonando en cada joven y en cada pobre de la tierra. Que María Auxiliadora nos acompañe siempre; bajo su manto encontraremos fuerza para seguir inspirando el servicio a los jóvenes y a los más pobres.

La luz se elevó suavemente hasta confundirse con el amanecer. Don Bosco quedó en el patio, con el corazón encendido. Sabía que aquel encuentro sería, para siempre, un eco de eternidad.





La corriente del corazón: Ohm y Don Bosco

Fredy Rivera

Universidad Politécnica Salesiana, Ecuador

Introducción

Un puente entre la ciencia y el corazón salesiano. Este diálogo nace de una vida entre resistencias, voltajes y jóvenes. Como docente de circuitos eléctricos desde las aulas de secundaria hasta los laboratorios universitarios, he visto cómo las leyes de Ohm gobiernan los electrones, pero también cómo el Sistema Preventivo de Don Bosco guía las almas.

Mi historia es sencilla: fui niño del Oratorio, estudiante del Colegio Salesiano y luego profesor en la Universidad Poli-

técnica Salesiana. Bajo ese mismo techo, donde entre el tacto de los protoboards y el brillo de los LEDs, aprendí que la educación es un circuito: si falta amor (V), la corriente (I) se debilita; si hay resistencia (R) injusta, el camino se bloquea. Pero cuando todo se equilibra, la luz se enciende.

Por eso invito a Ohm y a Don Bosco a esta conversación. Uno, con su fórmula exacta; el otro, con su método que parece magia, pero es pura ciencia humana. Ambos me enseñaron que la verdadera pedagogía no se mide en ohmios, sino en sonrisas y esfuerzos compartidos.

Diálogo ficticio

Al ver a Ohm examinar un circuito, Don Bosco se acerca con una sonrisa.

—¡Profesor Ohm! Bienvenido a nuestro taller. Aquí, como en sus experimentos, a veces chispean las ideas.

Ohm ajusta sus lentes, observando con curiosidad.

—Don Bosco, veo que sus jóvenes manejan herramientas con destreza. ¿Cómo logran tanta precisión?

Don Bosco señala a un alumno que ayuda a otro sin que se lo pidan.

—Igual que en su ley: si el voltaje es la confianza que les damos y la corriente su entusiasmo, la resistencia como corregir un error no debe quemar, sino templar.

—¡Nunca pensé que mi ecuación sirviera para educar! responde Ohm, sorprendido. ¿Usted dice que la resistencia... moldea el carácter?

—Exactamente. Una resistencia excesiva quema los componentes; una nula, impide el control. La justa, en cambio, permite que la energía se transforme en trabajo útil. Así es la disciplina: no para reprimir, sino para direccionar el talento.

Ohm reflexiona un momento antes de preguntar:

—Entonces, ¿diría que mi ley es... pedagógica?

—¡Más de lo que cree! afirma Don Bosco. Usted demostró que hasta lo invisible como los electrones sigue reglas claras. Nosotros creemos que hasta el joven más “resistente” no es un circuito abierto, sino uno que espera el voltaje correcto para encenderse.

Luego, dirigiéndose al autor que observa cerca, pregunta:

—¿No es esa la verdadera “conductividad”, profesor?

El autor toma la palabra, con una sonrisa.

—Confirмо, Don Bosco. Señor Ohm, en 26 años de enseñar circuitos, he aprendido que la fórmula más importante no está en los libros de texto. Es Paciencia + Amorevolezza = Jóvenes Brillantes. Sus leyes, las de ambos, se fusionan aquí: un multímetro mide la continuidad en un cable, pero es la Razón, Religión y Amor la que mide la continuidad en un corazón.

Reflexión final

Este diálogo es un homenaje a dos maestros: Ohm, que me enseñó a medir la resistencia de un cable. Don Bosco, que me mostró cómo encauzar la resistencia de un adolescente.

Ambos me recordaron que, en la educación como en los circuitos, los contactos mal ajustados generan cortos, pero las conexiones bien soldadas, aquellas fundidas con respeto y cariño, duran para siempre. Al final, todo se reduce a crear el camino de menor resistencia para que brille el potencial único de cada joven.